

El cambio a intervalos en los Estados Unidos: el nuevo sistema de 1996

Walter Dean Burnham

I

Este ensayo tiene como objeto de estudio el sistema de 1996, lo cual supone que dicho sistema se encuentra en proceso de surgimiento e implica también una especie de paralelismo con un "sistema" anterior, el de 1896. De igual manera, el tema implica, inevitablemente, toda la red de argumentación que los especialistas en el campo desarrollaron durante la generación anterior sobre el fenómeno conocido como reajuste crítico.

Existen pocas dudas de que, hasta ahora, la década de 1990 se ha caracterizado por ser una época de gran convulsión política; muchas de las referencias comunes de la política estadounidense se han visto trastocadas. Bill Clinton debe su triunfo en las elecciones de 1992 a ese trastocamiento. Dos años más tarde, el electorado se mostró de muy mal humor. La espectacular victoria republicana en las elecciones al Congreso y estatales de 1994, que hizo añicos el orden político, fue la segunda muestra de la política del repudio.

El pronóstico de las elecciones es siempre una empresa riesgosa; baste pensar en el gran fracaso de los modelos económicos y políticos que los politólogos y los economistas desarrollaron para comprender el resultado de 1992. Con todo, la recuperación de Bill Clinton después de 1994 ha sido tan grande que, en el momento de escribir este ensayo, las probabilidades favorecen ampliamente su reelección sobre su contendiente republicano Robert Dole. Y los demócratas han compartido

la recuperación, porque tienen buenas posibilidades de rescatar al menos una de las cámaras del Congreso. Si se materializa, ese resultado podría considerarse con toda seguridad como parte del tercer repudio electoral consecutivo de los ganadores de las elecciones previas. Puesto que daría como resultado la primera reelección de un demócrata para un segundo periodo completo desde la época de Franklin Roosevelt, podría significar también una especie de retroceso a la casilla número uno después de todo el *Sturm und Drang*. Rechazadas todas las iniciativas políticas importantes, el país permanecería como petrificado establemente en una especie de punto muerto.

Pareciera lo que pareciere, tal "sistema" tendría muy poco en común con los que surgieron de las grandes convulsiones políticas de los decenios de 1850, 1890 o 1930; pero, como veremos, también descansa sobre bases que tienen mucho menos en común con el orden del régimen posterior a 1968 de lo que podría suponerse. En las ciencias sociales, la prueba definitiva de todo modelo sigue siendo empírica. El único resultado de 1996 que podría afirmar la continuidad de la vitalidad del modelo tradicional de reajuste partidario sería una victoria republicana general. De no ser así, un enfoque razonable que se podría adoptar sería el estar de acuerdo con el profesor Silbey en que el modelo más antiguo sólo podría explicar algunos aspectos del cambio político y únicamente, también, en un pasado partidario hace mucho tiempo desaparecido, para después considerar el hacer una moción de aplazamiento.

Aunque, sin duda alguna, se me acusará de cambiar los términos de referencia para apuntalar un argumento fallido, estoy convencido de que volver a estructurar el modelo, ampliando el alcance de lo que contempla —y, en cierto grado, separándolo de los nexos partidarios—, no sólo es legítimamente posible sino muy deseable. El sistema político contemporáneo simplemente no está organizado de la manera en que todos los estadounidenses —incluidos los historiadores y los politólogos— dieron por sentada entre la década de 1830 y la de 1960. Diversos términos se han empleado para describir el nuevo estado de cosas en lo que ahora es una literatura verdaderamente extensa. Muchos analistas han hecho notar el surgimiento de las campañas dominadas por los candidatos en reemplazo del antiguo enfoque partidario, que era relativamente más fuerte.¹ Otros han examinado la cuestión de si

¹ Véase, por ejemplo, Martin Wattenberg, *The Decline of American Political Parties, 1952-1994*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.

“los partidos están acabados” o de si, por otra parte, continúan existiendo, pero con reconfiguraciones drásticas de alcance, función y poder de movilización.² Otros más han hecho notar que el antiguo modelo de campaña de la era partidaria, con una gran inversión de trabajo, ha sido reemplazado por un sistema con una gran inversión de capital, de costos desmedidos y con un potencial patológico.³

Quizá la explicación más convincente producida hasta ahora sobre los partidos de hoy en día sea también una de las más recientes. En opinión de los politólogos John Aldrich y Richard G. Niemi, estas instituciones contemporáneas fueron el resultado de un genuino reajuste electoral que tuvo lugar a finales del decenio de 1960 y que inauguró una nueva era electoral y su correspondiente régimen.⁴ Puesto que se basa en el uso generalizado de los datos de encuestas hechas entre 1952 y 1988, creo que su exposición ha planteado definitivamente la cuestión: durante el periodo 1964-1972 *hubo* un reajuste significativo. El hecho de que tardara toda una generación después de que se produjera para identificarlo como tal puede ser explicado, me parece, por otro: la transformación fue la antítesis del reajuste tradicional enfocado en el sistema partidario. Los estudiosos no habían explicado esa posibilidad o ajustado su pensamiento a ella. De la crisis de finales de la década de 1960, surgió a su debido tiempo un nuevo equilibrio que en muchos aspectos se centró en el gobierno dividido, situación que llegó a ser una condición política *normal* por primera vez desde la experiencia de 1875-1897, ubicada de manera muy diferente. Había cobrado vida un sexto orden electoral. A él se asociaba lo que he denominado un régimen “estatal de *interregnum*”, que duró desde la toma de poder de Richard Nixon en 1969 hasta que fue arrollado a su vez por la crisis política de la década de 1990.

En 1991, el politólogo Byron E. Shafer ofreció un breve resumen

² La expresión clásica del primer punto, escrita muy a principios de la sexta era electoral, es la obra de David Broder, *The Party's over: The Failure of Politics in America*, Nueva York, Harper & Row, 1972. El caso más reciente respecto al punto de vista posterior es la obra de John Aldrich, *Why Parties?* (véase más adelante).

³ La explicación más sistemática de esto la hacen Benjamin Ginsberg y Martin Shefter, *Politics by Other Means*, Nueva York, 1990.

⁴ John Aldrich y Richard G. Niemi, “The Sixth American Party System: The 1960s and the Candidate-Centered Parties”, Working Paper 107, Duke University Program in Political Economy, 1990. Una edición un tanto enmendada se encuentra en Stephen C. Craig (ed.), *Broken Contract: Changing Relationships Between Americans and Their Government*, Boulder, Colorado, Westview press, 1995, bajo el título “The Sixth American Party System: Electoral Change, 1952-1992”.

de algunos aspectos principales de ese sistema en el momento preciso en que llegaba a su fin.⁵

En esta, la era actual, la presidencia gira en torno a la política exterior y los valores culturales, mientras que la Cámara de Representantes lo hace en torno al bienestar social y la provisión de servicios; el Senado, por su parte, es receptivo a ambos intereses, aunque se inclina hacia estos últimos. En este final del siglo XX, en lo que respecta a los asuntos de política exterior y los valores culturales, hay en la nación una mayoría conservadora y, consiguientemente, la presidencia es republicana, mientras que, en lo concerniente a los asuntos de bienestar social y la provisión de servicios, hay en la nación una mayoría liberal y, consiguientemente, la Cámara de Representantes es demócrata. Cualquiera de esas dos mayorías puede llegar al Senado, pero la tendencia de esa institución a centrarse más en el bienestar social y los servicios que en las relaciones exteriores y los valores culturales significa que es más a menudo demócrata que republicana. *Ambos* partidos políticos, no obstante, se dedican a mantener ese estado de cosas, si bien es cierto que lo hacen a su pesar.

Quizá sea innecesario agregar que esta descripción es una guía de lo que *no* está sucediendo en la política estadounidense actual: la presidencia es demócrata y es probable que siga siéndolo por un tiempo; la mayoría de Newt Gingrich en la Cámara de Representantes difícilmente puede describirse desde el punto de vista de su devoción al bienestar social y a la provisión de servicios; y todo el meollo de la “revolución republicana” de 1995 fue el derrocamiento, no el mantenimiento, de los arreglos que Shafer describe.

Volviendo al análisis de Aldrich de 1995, su estudio sobre los partidos —casi un libro— contiene un extenso análisis, basado en la elección racional, de los cambios ocurridos después de 1968 en las élites y los cuadros de activistas de los partidos.⁶ En síntesis, su argumentación va en el sentido de que los partidos políticos son ahora partidos-al-servicio-de (los candidatos). La transición a esas nuevas organizaciones estuvo acompañada por un cambio importante en la naturaleza de los activistas y sus aportes. A los antiguos activistas de los partidos

⁵ Byron E. Shafer, “The Notion of an Electoral Order: The Structure of Electoral Politics at the Accession of George Bush”, en B. E. Shafer (ed.), *The End of Realignment? Interpreting American Electoral Eras*, Madison, University of Wisconsin Press, 1991, p. 72.

⁶ John Aldrich, *Why Parties? The Origin and Transformation of Party Politics in America*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, en especial la Parte 3, pp. 159-296.

los motivaban consideraciones relativamente poco complejas del tipo beneficios divisibles —puestos de trabajo, patrocinios y otros similares—, muy conocidas de los estudiosos de los partidos estadounidenses tradicionales, mientras que a la nueva generación la motiva en mucho mayor medida la causa y la ideología. El apoyo que le dan al partido al que se afilian depende en gran medida de la disposición del liderazgo a adoptar y fomentar sus causas. La fuerza actual de la Coalición Cristiana en la política intrarrepública es un excelente ejemplo de esta evolución y, en el lado demócrata, abundan ejemplos de grupos cuya principal motivación es la causa. Sin duda alguna, los cambios entre los cuadros de activistas y el apoyo que sus causas y candidatos obtienen de los sectores de sus partidos y de los votantes primarios han contribuido a una de las tendencias más importantes y prolongadas de la vida del “sexto sistema de partidos”: el continuo aumento de la nómina en el plano de la polarización interpartidos en el Congreso, aún antes del sorprendente cambio de 1995.⁷

Esta breve revisión de la argumentación que debe hacerse para interpretar la crisis política de finales del decenio de 1960 como un suceso de reajuste que produjo un nuevo y duradero estado de cosas se suma al argumento principal de este ensayo, el cual, reducido a su parte esencial, es que las convulsiones políticas que reconfiguran de manera más o menos drástica la forma del sistema político estadounidense son de una variedad de tipos históricamente contingentes. Por lo demás, ya sea que hayan sido canalizadas o no institucionalmente a través de los partidos de 1830 a 1960, esas convulsiones han sido regularmente recurrentes desde los inicios de la vida independiente de los Estados Unidos. Todas ellas, por un medio u otro, han implicado principalmente una acción política de masas de algún tipo, que en

⁷ Mediante el uso de los resultados de la *Americans for Democratic Action* en las elecciones a la Cámara de Representantes como medida, vale la pena hacer notar que ha habido tres “periodos” distintos desde 1970, cada uno con una polarización interpartidos más alta que el anterior. De 1970 a 1982 la media del “índice de polarización” (resultados de demócratas y republicanos) fue de 35. Los resultados subieron abruptamente a 58 en 1983, con lo que se estableció un nuevo equilibrio que duró hasta la jornada de 1994, y tuvo una media asociada de 60. En 1995 el resultado de la polarización aumentó abruptamente a 76. No podemos saber con seguridad cuánto tiempo durará ese alto grado de polarización partidaria en el Congreso, pero todo lo que se observa respecto a los “revolucionarios” republicanos de 1995 y sus adversarios demócratas sugiere que constituye algún tipo de referencia para los niveles futuros “normales”. Particularmente, acaso valga la pena hacer notar que la tendencia a largo plazo hacia la polarización se asocia sobre todo con un cambio ascendente entre los demócratas de la Cámara de Representantes, lo cual, a su vez, parece asociarse claramente con la erosión de “la cola” conservadora moderada del partido, cuya explicación se encuentra, sobre todo, en el realineamiento de los sureños hacia los republicanos.

ocasiones ha incluido la votación, aunque no necesariamente se haya limitado a ella. En vista de todo lo anterior, esos fenómenos se comprenden mejor genéricamente desde el punto de vista más bien de un modelo de equilibrio a intervalos que de un marco clásico de reajuste partidario.

El concepto de equilibrio a intervalos deriva del campo de la biología evolutiva. Se remonta apenas a 1972, si bien el historiador Frederick J. Teggart lo prefigura claramente en su obra ya en 1925.⁸ Surgió en oposición a la ortodoxia en ese campo, que consideraba que el surgimiento de especies nuevas tenía lugar de manera hiperincremental, en pasos infinitesimalmente pequeños a lo largo de lapsos geológicos subinfinitamente extensos. Los paleontólogos Niles Eldredge y Stephen Jay Gould vieron reiteradamente que ese modelo uniforme no les permitía ordenar o explicar adecuadamente sus observaciones, las cuales los condujeron más bien a la conclusión de que —por lo menos en los casos importantes— el patrón que realmente dependía del tiempo era muy diferente: absolutamente ningún cambio durante periodos muy prolongados, seguido por un cambio (geológico) súbito en la formación de nuevas especies y, de ahí en adelante, un nuevo estancamiento en un nuevo equilibrio de duración indefinida.⁹

⁸ Frederick J. Teggart, *Theory and Processes of History*, Berkeley, University of California Press, 1941, reimpresión de su *Theory of History*, New Haven, Yale University Press, 1925. Su análisis y crítica de la "teoría evolutiva sin sucesos" prefigura claramente la alternativa del equilibrio a intervalos desarrollada en la paleobiología medio siglo más tarde. Entreteje temas de interés para los científicos naturales y, también, para los historiadores de una manera única. Cabe citar brevemente su opinión sobre la misión del historiador:

Pareciera que el historiador, ya interesado en los sucesos y sin las trabas de la tradición de la "modificación continua lenta", tendría menos dificultades que el evolucionista en apreciar el hecho de que la investigación de "cómo las cosas llegaron a ser lo que son" debe, por necesidad, incluir un extenso programa de indagaciones. La explicación de cualquier condición actual requiere la determinación de 1) los procesos que se ponen de manifiesto en la persistencia de las formas antiguas y en la estabilidad de las formas en general, 2) los procesos que intervienen en la modificación lenta (que, no obstante, no produce nada "nuevo"), 3) las condiciones históricas en que los cambios tuvieron lugar realmente en el pasado, y 4) los procesos que se ponen de manifiesto en tales circunstancias [pp. 150-151].

La terminología de Teggart es tal que, cuando él usa la palabra "cambio", habla de algo que produce una transformación sistémica extensa, cuyo proceso es impulsado por la intervención de sucesos que rompen el equilibrio. No solamente previó las importantes dimensiones del modelo de equilibrio a intervalos, sino que también estuvo muy cerca de definir mi propio programa.

⁹ El ensayo original de 1972 de Eldredge y Gould, "Punctuated Equilibrium as an Alternative to Phyletic Gradualism", apareció en una colección de ensayos científicos relativamente inaccesible; para mayor conveniencia, fue reimpreso como apéndice de la obra de Niles Eldredge, *Time Frames*, Princeton, Princeton University Press, 1987. Para nuestros propósitos,

El modelo de equilibrio a intervalos —un prolongado estancamiento con intervalos de transformación arrolladora y comprimida en el tiempo, seguida a su vez por un nuevo estancamiento— se ha difundido cada vez más en las ciencias sociales durante los últimos diez años, lo cual es de interés particular para nuestro propósito. Uno de los ejemplos más recientes de ello es el importante libro *Agendas and Instability in American Politics* (*Las agendas y la inestabilidad en la política estadounidense*), de Frank Baumgartner y Bryan D. Jones.¹⁰ En esa obra se estudia el surgimiento, mantenimiento y derrocamiento de los “monopolios políticos” en el campo de batalla de los grupos de interés estadounidenses. A continuación se describe la tendencia general de la argumentación de los autores. Los monopolios políticos (o “triángulos de hierro”) surgen de la movilización de minorías con intereses particulares y muy a menudo bastante pequeñas. Los monopolios perduran más o menos indefinidamente, siempre y cuando la movilización no vaya más allá de su reducido público interesado. La intrusión de sucesos negativos —por ejemplo, en el campo de la energía nuclear, el desastre de 1979 en Three Miles Island— tiene el efecto de atraer la atención de los medios de comunicación y aumentar marcadamente la magnitud del público interesado y, por ende, de cambiar de manera drástica su composición. La consecuencia es un cambio abrupto en el equilibrio de las fuerzas políticas pertinentes que afectan al monopolio; y se presenta una desestabilización súbita, por lo general imprevista. Después de una explosión de cambios de retroalimentación positiva comprimidos en el tiempo, surge un nuevo equilibrio, marcado a veces por la destrucción completa del monopolio de que se trate. Además, como señalan Baumgartner y Jones, hay una forma estadística específica dependiente del tiempo que concuerda con el proceso equilibrio-trastocamiento-equilibrio. Tal es la logística o curva *S* (en ocasiones llamada también “curva de contagio”).¹¹

es de interés particular el hecho de que la cambiante problemática de sus propios campos de investigación ha llevado a numerosos científicos sociales a interesarse en este concepto. Además de Baumgartner y Jones (*vide infra*), véase, por ejemplo, Miriam Fendius, “Punctuated Equilibrium and International Relations Theory”, ponencia presentada en la reunión de 1993 de la Midwest Political Science Association, y la colección de artículos en Albert Somit y Steven A. Peterson (eds.), *The Dynamics of Evolution: The Punctuated Equilibrium Debate in the Natural and Social Sciences*, Cornell University Press, Ithaca, 1989, 1992.

¹⁰ Frank R. Baumgartner y Bryan D. Jones, *Agendas and Instability in American Politics*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, en especial el cap. 1.

¹¹ La curva logística, *S*, Reed-Pearl o “de contagio” parece ser descrita, sobre todo, sólo en libros de estadística muy viejos. La desarrollaron en 1920 dos estadísticos biomédicos,

La mayor parte del tiempo, los sistemas permanecen en equilibrio porque los soporta una red de instituciones, reglas y conductas que estimulan una retroalimentación negativa en respuesta a las presiones en favor del cambio. Los analistas adeptos a la teoría de la elección racional han sido particularmente activos en el estudio de los equilibrios en la política, pero llegaron a una conclusión consternante: en la política, a diferencia de lo que sucede en la economía, esencialmente no existen equilibrios que se presenten de manera natural.¹² Los que vemos en torno a nosotros, sin importar cuánto tiempo hayan existido o cuán estables parezcan ser, son hechos por la gente y pueden ser modificados o destruidos por la misma u otra gente, en las circunstancias apropiadas. Cuando se presenta, la interrupción del equilibrio tiende a ocurrir abruptamente y con poca o ninguna advertencia. Un muy buen ejemplo, que también sugiere la verdadera magnitud que puede alcanzar la interrupción del equilibrio, es la brusca implosión que terminó con la existencia, primero, del imperio soviético y, después, de la URSS misma en 1989-1991. El que la extensa y bien respaldada "industria" de la soviología haya sido tomada totalmente por sorpresa en ese cambio de sucesos es muy característico de lo que puede suceder en tales casos.

En una crisis de trastocamiento, la retroalimentación positiva reemplaza abruptamente a la retroalimentación negativa. Determinados aportes de demanda de cambio caen en cascada entonces a través del sistema. Las élites establecidas pierden el control de la situación y manifiestan síntomas característicos de desorientación a medida que dejan de funcionar las viejas rutinas que los mantuvieron en el poder.¹³

Raymond Pearl y Lowell J. Reed. Ellos y otros la han aplicado al crecimiento de las poblaciones en general, incluido, por ejemplo, el patrón de inicio del crecimiento entre organismos en una solución de nutrientes hasta alcanzar los límites de soporte de esta última. Tiene la siguiente fórmula general:

$$Y = k/1 + 10^{a + bX}$$

Para un análisis, véase, por ejemplo, Frederick E. Croxton, Dudley J. Cowden y Sidney K. Klein, *Applied General Statistics*, 3a. ed., Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1967, pp. 274-280.

¹² Una de las expresiones más claras de este hallazgo, conjuntamente con un extenso y atemorizante análisis de sus implicaciones, es la obra de William H. Riker, *Liberalism against Populism: A Confrontation between the Theory of Democracy and the Theory of Social Choice*, Prospect Heights, Waveland Press, 1982, en especial las pp. 181-195.

¹³ Los efectos de la desorientación emergen repetidamente en la literatura sobre las principales crisis políticas estadounidenses del pasado. Así, un político de Nueva York comentó después de las elecciones estatales de 1854: "Los partidos se encuentran ahora en un estado de desorganización, más bien de anarquía completa. Cuál pueda ser el resultado, nadie puede

Durante esa fase de “despegue” u “oleaje”, no sólo las élites sino también los votantes (donde existen instituciones electorales) se comportan de manera inusual. A diferencia de lo que suele creerse con base en la investigación mediante encuestas, se vuelven marcadamente más inclinados a la acción que usualmente a medida que aumenta la temperatura política.¹⁴

Baumgartner y Jones rechazan la aplicación de su modelo al mucho más amplio campo de batalla electoral sobre la base de que en ese campo domina la “repetitividad”, mientras que eso no ocurre en el mundo de los grupos de interés. Este comentario tiene lo suyo, pero el argumento en general no se justifica. Desde hace mucho tiempo se ha creído que los realineamientos electorales sólo entrañan desalojamiento entre las minorías, si bien minorías políticamente decisivas, de la ciudadanía que vota; sin embargo, también es aplicable incluso a las secuencias de convulsiones no electorales, como la revolución estadounidense. Podemos aceptar el cálculo de John Adams en el sentido de que un tercio del público era leal a la Corona, un tercio sin compromiso y un tercio—sólo un tercio—era patriota. Lo que es más, en la historia electoral es posible encontrar muchos ejemplos concretos de transformaciones completamente análogas y explosivas que fácilmente concuerdan con el patrón de la curva S. En las gráficas 1 a 4 se representan tres de esos casos, uno alemán y dos estadounidenses, que incluyen el caso Simon, notablemente puro, de contagio electoral nazi en Alemania durante el periodo 1928-1933, los datos de las variables síntesis que presentan Aldrich y Niemi para el caso de los Estados

preverlo”; en William E. Gienapp, *The Origins of the Republican Party, 1852-1856*, Nueva York, Oxford University Press, 1986, p. 160. Después de las elecciones de 1855 en Massachusetts, un político de ese estado resumió la situación: “La política se encuentra en un *revoltijo* perfecto”; *ibid.*, p. 214 (cursivas en el original). Lo anterior nos recuerda la reacción del físico Wolfgang Pauli a la crisis de paradigmas en la física a principios de siglo: “Es muy difícil para mí; y desearía haber sido un comediante de películas o algo por el estilo y nunca haber oído de física”; en Thomas R. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2a. ed., Chicago, University of Chicago Press, 1970, p. 84.

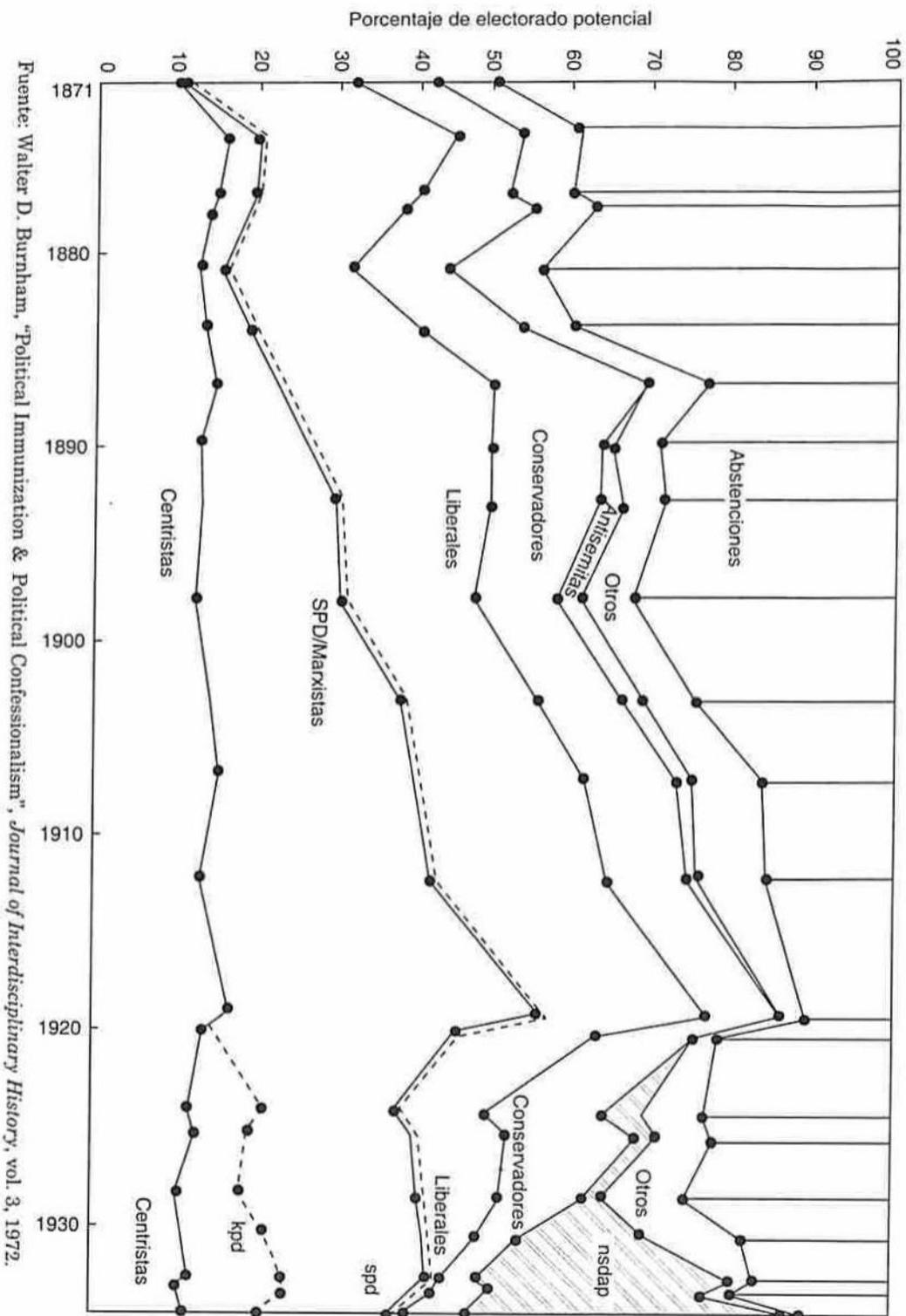
¹⁴ Este tema es expuesto convincentemente por el historiador Paul Kleppner en *Continuity and Change in Electoral Politics, 1893-1928*, Westport, Greenwood Press, 1987, Apéndice (“*Realignment Theory after Key*”). La actitud pro actividad es, por supuesto, altamente frustrante para los políticos acostumbrados a una condición de equilibrio normal de retroalimentación negativa, sobre la cual tienen mucho más control. Considérese el comentario de un ambicioso líder del todavía novato Partido Republicano de Massachusetts después de las elecciones de 1855: “La gente no enfrentará las cuestiones que presentamos. Quieren una cacería de irlandeses, y a una cacería de irlandeses irán”; en Gienapp, *op. cit.*, p. 223. También otros historiadores han hecho notar ocasionalmente esa inusual actitud de la opinión pública; véase el análisis de las elecciones de Ohio de 1866 en Eric L. McKittrick, *Andrew Johnson y Reconstruction*, Chicago, University of Chicago Press, 1960, pp. 439-446, que termina con este juicio sumario: “En cierto sentido, ‘el pueblo’ se apoderó de ellas”; p. 446.

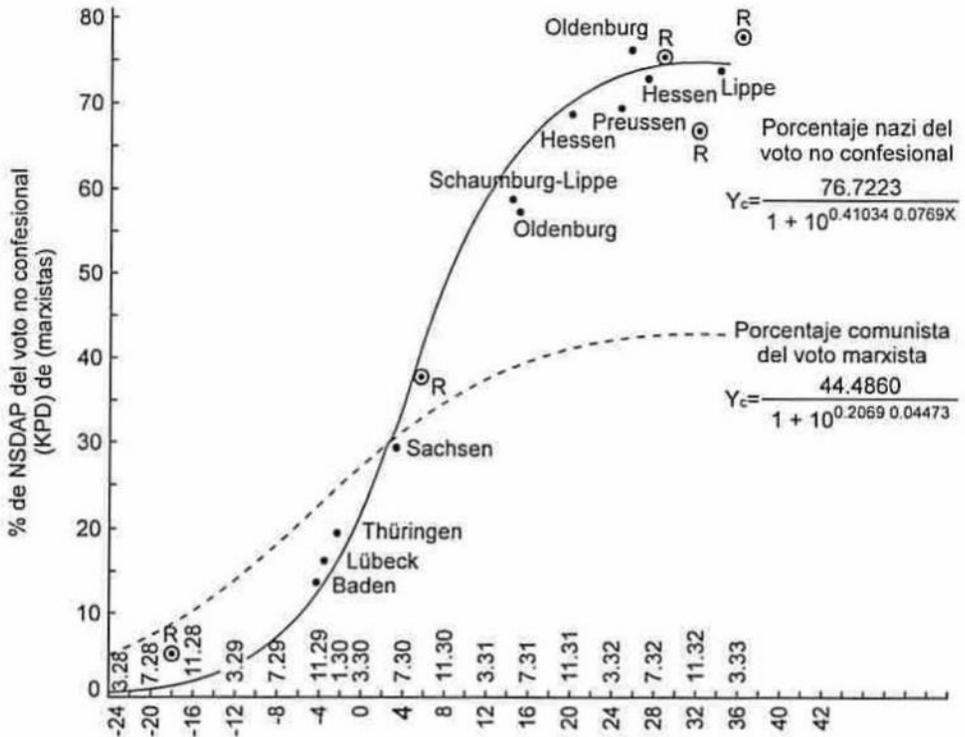
Unidos entre 1952 y 1988 y los datos de los coeficientes factoriales consignados por el historiador Paul Kleppner en el caso de las diferencias de resultados de los partidos en los Estados Unidos entre 1876 y 1928. En uno de esos casos, por lo demás, la repetitividad se detiene completamente. El trastocamiento con cambio a intervalos que ayudó a llevar a Alemania al Tercer Reich entraña, por supuesto, la destrucción total del orden precedente en una escala tan completa como la que podría encontrarse en la estática y dinámica de los grupos estadounidenses.

En muchos campos de observación, el cambio a intervalos sucede cuando sucede. La cuestión de la recurrencia regular se presenta rara vez, si acaso, pero ciertamente no en el campo original de la biología evolutiva. La irrupción nazi en Alemania fue una singularidad en lo que concierne a la política electoral, sin nada ni remotamente parecido en ninguna historia electoral nacional desde 1871 hasta el presente; pero las cosas son muy diferentes en el caso de los Estados Unidos. Cuando se lee la historia de dos siglos de política, se ve que las secuencias de convulsiones con la fuerza para transformar el sistema han surgido a intervalos bastante regulares espaciadas aproximadamente entre sí por una generación desde el principio de la existencia del país. Dejando a un lado el presente por ahora, vemos que en todo ese tiempo ha habido sólo seis secuencias de sucesos de cambio a intervalos. Es difícil ver cómo se podría hacer pronósticos concretos sobre el futuro con tan pocos casos pasados como base, pero la recurrencia me parece manifiesta en el registro histórico. Si es así, las causas últimas de esa extraña dinámica de estancamiento-convulsión debe yacer en una relación inherente y tenazmente duradera entre los equilibrios —muy fuertes—, que son inducidos estructuralmente (EIE), y las fuerzas que actúan a favor del cambio, que finalmente llegan a ser tan potentes que destruyen los equilibrios.

En esto, es poca la aportación. Desde hace mucho tiempo he argumentado que ese carácter cíclico surge de una red de causas específicamente estadounidense; causas que se vinculan, por una parte, con un orden constitucional que en sus operaciones normales es casi una máquina de retroalimentación negativa, aunque bastante perfecta, y, por la otra, con una cultura política fuertemente antiguubernamental, pero que *también* proporciona mucho espacio para que graviten en torno al gobierno los segmentos de la población que se encuentran bajo la amenaza (o realidad) de una grave pérdida material o moral en la pugna del sector privado. La economía política que

Gráfica 1. Alemania: el cambio electoral, 1871 a 1933



Gráfica 2. Alemania: contagio electoral, 1928 a 1933

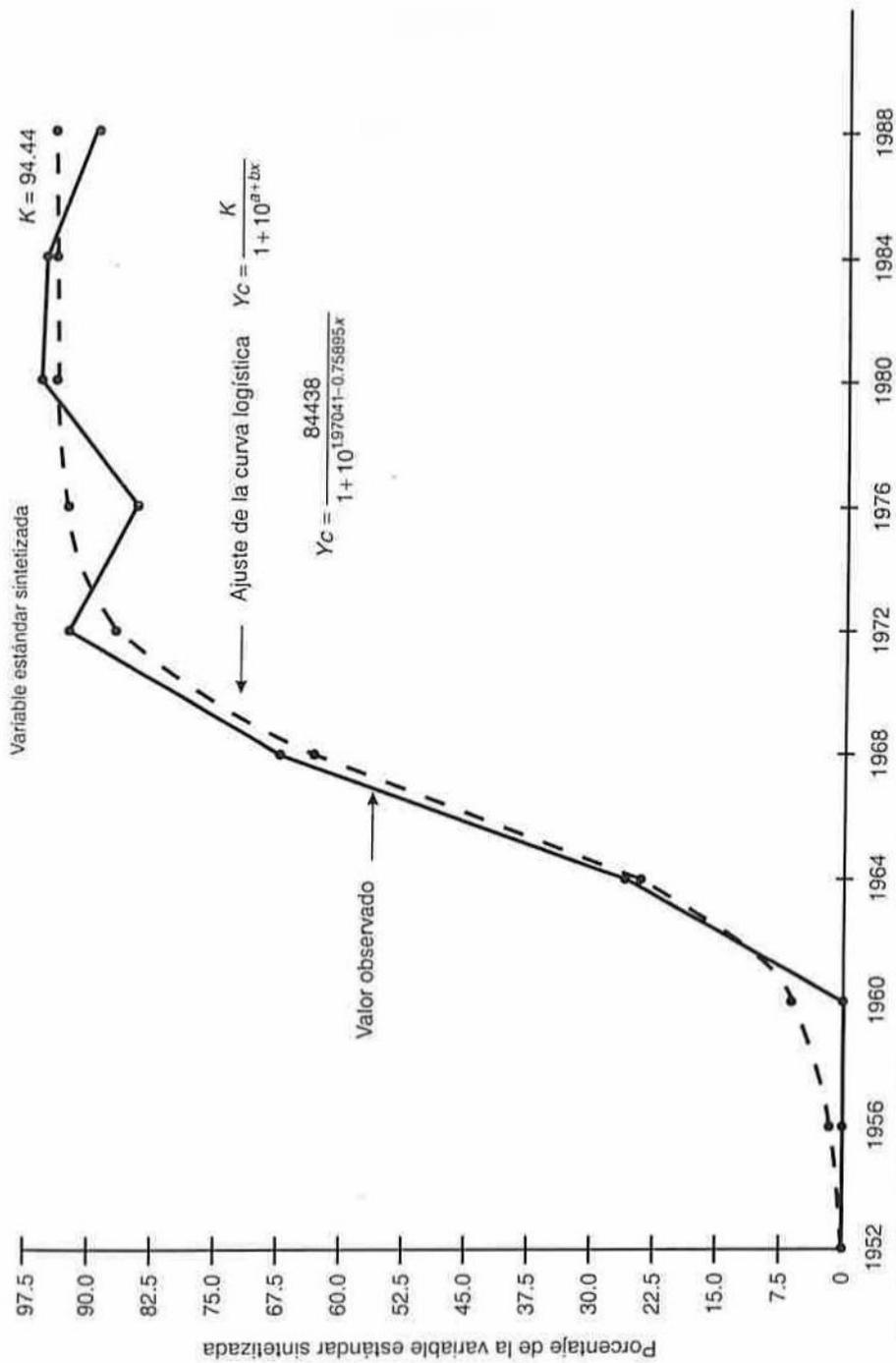
Fuente: Walter D. Burnham, "Political Immunization & Political Confessionalism", *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 3, 1972.

evoluciona con mayor dinamismo en el mundo genera regularmente una demanda acumulativa, la cual, puesto que choca con las rigideces de un equilibrio hiperestable, produce con el tiempo una brecha cada vez mayor entre un mecanismo de dirección propenso a la inercia y el resto de la sociedad. Debido a la intrusión directa de sucesos perturbadores o que aumentan la tensión, se llega a un punto en el que el orden existente hace más o menos explosión y se forja una especie de "decisión" que fija límites para la acción y los resultados políticos para la generación siguiente.

II

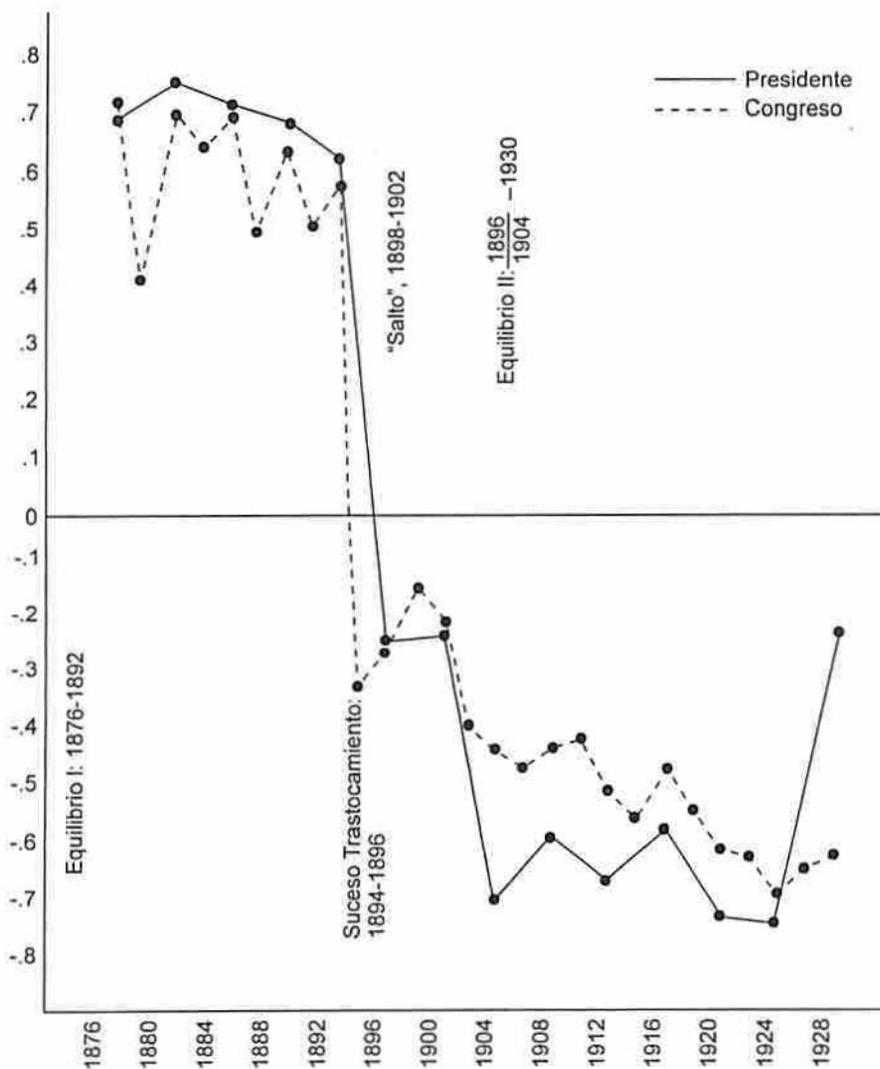
Una vez hechas las anteriores consideraciones generales, debemos volver ahora a la crisis política de la década de 1990, empezando por

Gráfica 3. Cambio a intervalos, equilibrio a intervalos: variación en Aldrich-Niemi (1990).



Fuente: John Aldrich y Richard G. Niemi, 1990, *The Sixth American Party System: The 1960s Realignment and the Candidate-Centered Parties*, Duke University Program in Political Economy, Papers in American Politics, núm. 107.

Gráfica 4. Transformación de la estructura partidaria en los Estados Unidos, 1876 a 1928*



* Coeficientes factoriales asociados con el primer componente principal de la matriz de interacción de las diferencias de resultados de los partidos, 1876-1928.

Paul Kleppner, *Continuity and Change in Electoral Politics, 1896-1928*, Westport, CT, Greenwood Press, 1987, p. 65

sus antecedentes en el anterior orden político. Esos antecedentes tienen tanto un enfoque profundo como dimensiones más inmediatas. El Gran Estado creado en la década de 1930 nació como una respuesta política al desplome de la economía de libre mercado, pero la revolución de la política mundial a mediados de siglo, de la que los Estados Unidos surgieron como una de las dos superpotencias rivales, lo fortaleció en gran medida. Al interior, dos factores sostenían al nuevo Estado estadounidense: un crecimiento económico sin precedentes y, también, la fuerza de la guerra (caliente y fría), que fortaleció al Estado y duró medio siglo. De esos dos factores, el último fue probablemente el más importante para la institucionalización, no solamente de un gobierno federal muy expandido sino, en particular, de la "presidencia moderna" como el eje vital de todo el sistema. No obstante, el nuevo Estado tuvo que coexistir, no sin problemas, con una cultura de partidos nacional hegemónica, que al menos desde 1800, ha glorificado lo local y lo privado sobre lo nacional y lo público;¹⁵ y sus operaciones se vieron afectadas radicalmente de innumerables maneras por la fuerza perdurable de esos valores. Hubo un sentido en el que nunca logró legitimidad plena. Y bien se puede especular que, si el sistema internacional de amenaza bipolar nunca se hubiese materializado, la reacción efectiva a favor de un Estado estadounidense más tradicional se habría puesto en marcha años o decenios antes de que realmente lo hiciera.

Durante la generación pasada, y particularmente durante los últimos años, ha habido cambios fundamentales que lo han socavado junto con el liberalismo político. Esos cambios son muy bien conocidos: residen en la esfera de la economía, las cuestiones culturales y el ámbito geopolítico. A partir más o menos de 1972, por razones todavía no claramente entendidas por los economistas, la tasa de crecimiento histórico a largo plazo, con un siglo de permanencia, fue reemplazada repentinamente (y, hasta ahora, de manera permanente) por una que sólo equivale a las dos terceras partes. La economía experimentó estallidos de estancamiento e inflación. Puesto que la característica del Estado de *interregnum* después de 1968 era la parálisis, la manera reaganiana de salir del *impasse* se hizo en el frente de menor resisten-

¹⁵ Un ensayo singularmente importante sobre este tema es el de John Murrin, "The Great Inversion, or Court versus Country: A Comparison of the Revolution Settlements in England (1688-1721) and America (1776-1816)", en J. G. A. Pocock (ed.), *Three British Revolutions: 1641, 1688, 1776*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 368-453.

cia, esto es, la cuadruplicación de la deuda nacional entre 1981 y 1992. El politólogo Gary C. Jacobson expresó concisamente en 1993 la relación de las elecciones con esos acontecimientos: las minorías decisivas del público votaron por los demócratas para el Congreso, a fin de asegurarse de que se mantuvieran los programas que les gustaban, y por los republicanos para la presidencia, con el propósito de no tener que pagar por ellos.¹⁶

La economía mundial, además, había logrado recientemente su organización como un orden mundial genuino basado en el comercio libre y la casi infinita movilidad de los capitales a través de las fronteras nacionales. Ese orden económico mundial ya había existido antes de 1933, vinculado entonces al patrón oro internacional; y sus "disciplinas", muy al estilo de las de sus sucesores, impusieron severos límites a la capacidad de cualquier Estado nacional, aun los más grandes, para buscar una política macroeconómica genuinamente autónoma. Los estados de bienestar posteriores a 1945, construidos en todas partes en el mundo democrático capitalista avanzado, fueron posibles gracias a un hiato "keynesiano" que duró medio siglo, entre el desplome del antiguo orden mundial y la construcción del nuevo. Este último se relaciona sistemáticamente en el mundo desarrollado con la erradicación de las oportunidades para mantener incluso los estados de bienestar, lo cual ha destruido en gran medida la credibilidad de los modelos políticos de izquierda o benefactores y es la principal razón por la que, en la actualidad, las únicas ideas serias sobre lo que los gobiernos deben hacer (o, más bien, no hacer) son proclamadas por los conservadores.¹⁷

¹⁶ Gary C. Jacobson, "Congress: Unusual Year, Unusual Election", en Michael Nelson (ed.), *The Elections of 1992*, Washington, CQ Press, 1993, pp. 155-156.

¹⁷ A finales de 1994 tuvo lugar una conferencia en la Universidad de Gotinga, Alemania, sobre el tema "¿Qué queda para la izquierda?". La respuesta breve fue: "No mucho", pero las razones que varios participantes dieron de cómo se llegó a esa conclusión son interesantes; se encuentran en las actas: Jens Borchert *et al.* (eds.), *Das sozialdemokratische Modell*, Opladen, 1996. Mi contribución se reproduce como "Woher Kommt und Wohin Treibt die Sozialdemokratie?", pp. 23-28. Una revisión útil en lengua inglesa de algunos de los temas incluidos es la de Brad Rose y George Ross, "Socialism's Past, New Social Democracy and Socialism's Futures", en *Social Science History*, núm. 18, 1991, pp. 512-546.

Obviamente, hay que hacer un verdadero ajuste para introducir al Partido Demócrata estadounidense en ese marco comparativo, pero, a su manera, sigue representando ciertos intereses del electorado que en otros países se alinearía con una alternativa organizada socialdemócrata. Simplemente, la "revolución" republicana de 1995 resaltó este aspecto de una manera muy concreta, mientras que la conferencia misma simplemente fortaleció el juicio de que en el llamado mundo "desarrollado" se encuentran en funcionamiento procesos muy similares de cambio coyuntural generalizado. Así, difícilmente es única la respuesta política en los Estados Unidos; más bien —por razones comparativas obvias y muy conocidas— sujeta el

En el pasado más inmediato, el resultado de las olas de reducción y racionalización corporativa fue que se socavaron las perspectivas económicas no sólo de los obreros sino también de una parte importante de la clase media. Lo que es más, hacia 1992, se hizo visible en los datos agregados del ingreso un marcado efecto de separación: si bien el ingreso per cápita disponible había aumentado 27.1% desde 1973, el ingreso familiar sólo lo había hecho en 3.4%, mientras que el ingreso de los varones blancos de la fuerza de trabajo había *disminuido* en 12.2%. La mayoría de los estadounidenses de clase media se encontraba sometida (y todavía lo está) a una rutina que no la llevaba a ninguna parte. El temor al futuro —particularmente en el caso de los niños cuyas condiciones pueden llegar a ser peores que las de sus padres— alimenta la preocupación creciente del público sobre la calidad de la educación que reciben sus hijos; cotidianamente, al ciudadano común y corriente le resulta más evidente que la educación puede ser el único camino para salir de la trampa del estancamiento. No es sorprendente que las demandas de alivio impositivo hayan llegado a ser estentóreas a principios de la década de 1990, junto con las crecientes exigencias de que se cerraran las fronteras a los inmigrantes ilegales y se obligara a los gorriones del bienestar social a trabajar para vivir.

A la presión económica debe agregarse también la presión cultural, la preocupación muy difundida, en particular entre los tradicionalistas sociales y religiosos, de que la cultura se está pudriendo y la moral y la virtud de la sociedad civil se encuentran en total deterioro. Las razones de esa *angst* cultural residen claramente en la crisis de fines de la década de 1960, momento también en el que se perturbó el consenso existente y entró en escena una vasta proliferación de movimientos sociales “contraculturales” y de autoliberación. Comenzando por George McGovern en 1972 y hasta la actualidad, muchas o la mayoría de esas fuerzas han llegado a ser componentes importantes de la coalición demócrata y, a su vez, han contribuido a una espectacular contramovilización de fuerzas religioso-culturales tradicionalistas, desde la Moral Majority, en la década de 1970, hasta la Christian Coalition, en la década de 1990, que han llegado a desempeñar un papel cada vez más importante en la política del Partido Republicano, lo cual refleja el hecho político de que las “contradicciones

extremo de un continuo internacional. Adam Przeworski y Michael Wallerstein sondean algunas de las cuestiones fundamentales que ello entraña en “Democratic Capitalism at the Crossroads”, en Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 205-221.

culturales del capitalismo” descritas por Daniel Bell hace 20 años no han hecho sino profundizarse desde entonces.¹⁸ Como oportunamente lo hicieron notar el profesor Shafer y muchos otros, un factor importante del control republicano de la presidencia durante la mayor parte del “sexto sistema de partidos” residió en la asociación de esa oficina con las cuestiones de la *Kulturkampf*; y lo conspicuo de esas cuestiones dio un ímpetu obvio y particularmente fuerte al reajuste secular del Sur hacia los republicanos durante la generación pasada.

Finalmente, debe tomarse en cuenta la muy reciente transformación, brusca y de gran importancia, de la geopolítica. No volveremos a recorrer el camino ya antes andado, pero, como lo observó el radical estadounidense Randolph Bourne en 1918, “la guerra es la salud del Estado”. En mi opinión, el Gran Gobierno, tan anómalo a todo lo largo de nuestra historia, se mantuvo principalmente a causa de las disciplinas, exigencias y terrores de la guerra fría. Consecuentemente, la desaparición súbita de esa “externalidad” ofreció oportunidades para una más amplia deconstrucción del gobierno federal después de 1933. Estamos, creo, experimentando una especie de “crisis de descompresión” en el país, que aún ahora, escasamente ha alcanzado el umbral de la atención de los estudiosos.

No puedo hacer aquí una revisión detallada de las convulsiones electorales de la década de 1990, que he abordado de manera razonablemente extensa en otros escritos,¹⁹ por lo que me limitaré a hacer notar unos cuantos aspectos generales. Primero, el desplome de la coalición electoral de George Bush de 1988-1992 fue de una magnitud pocas veces vista. De los 18 casos observados desde 1832, la derrota de Bush en su segundo intento, en el que sólo obtuvo 15.0% de la votación total y 28.1% de su base de 1988, lo situó, desde ese punto de vista, únicamente detrás de Hoover en 1932 y de Taft en 1912. Segundo, la presentación de Ross Perot como tercer candidato, en la que obtuvo 18.9% de la votación total, fue la tercera mejor de todos los tiempos en 42 elecciones presidenciales desde 1828 y, sin duda alguna, la mejor

¹⁸ Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Nueva York, Free Press, 1976. Bell no aborda realmente las dimensiones religiosas de esa tensión ni las respuestas a ella, lo cual es característico de los intelectuales de esa época.

¹⁹ Véase Walter Dean Burnham, “The Legacy of George Bush: Travails of an Understudy”, en Gerald M. Pomper (ed.), *The Election of 1992*, Chatham House, Chatham, 1993, pp. 1-38, y “Realignment Lives: The 1994 Earthquake and its Implications”, en Colin Campbell y Bert A. Rockman (eds.), *The Clinton Presidency. First Appraisals*, Chatham, Chatham House, 1996, pp. 363-395; pero compárese también, en el mismo volumen, Harold W. Stanley, “The Parties, the President and the 1994 Midterm Elections”, pp. 188-211.

de cualquier candidato "de protesta" que no hubiese sido antes un líder de un partido importante. En 1992, Bill Clinton, adversario exitoso del entonces presidente en funciones, fue elegido con apenas el 43% de la votación total, lo que lo sitúa en el tercer lugar de abajo para arriba en ese conjunto.

Con un mandato tan frágil, el nuevo presidente tuvo un inicio incierto al querer organizar su administración. Sus adversarios republicanos lo acusaron mucho, con la ayuda de su esposa Hillary, de gobernar desde la izquierda: señalaron el "aumento impositivo más grande en la historia del mundo" promulgado sin un solo voto republicano y la fracasada y ultracompleja iniciativa política de los servicios de salud como un típico ardid del gran gobierno demócrata. La respuesta republicana de 1994 tuvo un éxito devastador; su liderazgo se las arregló para llevar a cabo esa rara hazaña, ganando en todo el país unas elecciones al Congreso en un año en que no había elecciones importantes. El oleaje republicano superó la mayoría de las proyecciones, siguiendo nuestra "regla de imprevisibilidad" en lo que concierne a los sucesos de trastocamiento. El oleaje se extendió a todos los planos de las elecciones, hasta las disputas por las legislaturas estatales, y, por supuesto, terminaron abruptamente con un control demócrata de 42 años de antigüedad de la Cámara de Representantes. Como lo he demostrado en otros textos, fue un sorprendente retorno atávico en muchas maneras a las anticuadas elecciones partidarias. Vistas desde la perspectiva de la magnitud relativa de desviación de las normas electorales estables anteriores, figura con muy pocas otras a lo largo de dos siglos de elecciones al Congreso.²⁰

²⁰ Con un expediente de elecciones al Congreso que ya se extiende desde el principio en una forma más o menos completa y otro expediente de equilibrios de escaños partidarios en los cuerpos legislativos estatales que comenzó en 1834, yo desarrollé una medida simple de la desviación del porcentaje de los partidos en la elección 6 a partir de la desviación estándar de los resultados de las cinco elecciones anteriores. Las regiones cubiertas en el caso de las elecciones al Congreso (porcentajes de votos y escaños) fueron los estados occidentales y norteros (número de observaciones en el tiempo = 99); y en el caso de los resultados de las elecciones a las legislaturas estatales, tanto los estados no sureños como los Estados Unidos en su conjunto (número de observaciones = 76). En lo que respecta a los porcentajes de la votación para la Cámara de Representantes del país, la desviación de las "expectativas" así definida en el año de 1994 fue -4.572, magnitud sólo superada en las elecciones al Congreso en 1932 (segundo lugar) y en 1894 (primero). En cuanto a los porcentajes de escaños en la misma Cámara, el resultado de 1994, -5.628, se situó en el segundo lugar de 99 observaciones, superado únicamente por el de 1932, segundo, y el de 1800, tercero. En lo concerniente a los resultados para las legislaturas de los estados no sureños, el año de 1994 fue el tercero entre 76 observaciones (-4.003), 1932 el primero y 1894 el segundo. En cuanto al país en su totalidad, el resultado de 1994 (-9.917) sitúa ese año como el primero, mientras que 1860 y 1932 quedan en segundo lugar. Consecuentemente, muchos supondrían que, en cuanto a suceso de desplazamientos

Finalmente, es necesario hacer notar que, a pesar de algunos casos sensacionales, como la derrota del vocero en funciones de la Cámara de Representantes, Tom Foley (demócrata por Washington) —el primer caso de ese tipo en 132 años—, en su gran mayoría de hecho, los titulares demócratas fueron reelegidos (192, o bien 85% de los que compitieron). En su intento por defender sus escaños abiertos, el partido sufrió un desastre que impuso marca, perdiendo aproximadamente 75% de ellos a manos de los republicanos. Esto hace surgir un tema al que volveremos más adelante: por grandes que hayan sido los destrozos que causó, el suceso de 1994 no revocó ciertos aspectos básicos de la política electoral, como los desarrollados en el sexto sistema electoral, dominado por los candidatos. El público se mostró muy colérico en ese año de 1994, pero la cólera pública ha descendido mucho en este 1996, hecho que evidentemente ayuda a los titulares en cuanto tales, como a Bill Clinton y también a muchos o a la mayoría de los titulares republicanos (y demócratas) de la Cámara de Representantes. Después de su brillante triunfo nacional en las elecciones de 1994, la estrategia republicana está dedicada a subrayar al máximo los factores locales en las elecciones de 1996. En la medida en que lo logren, harán inamovible la mayoría de los triunfos republicanos de 1994 en las nuevas elecciones al Congreso, lo cual subrayaría la probabilidad de que esté en proceso de construcción un nuevo equilibrio, bastante diferente del anterior.

El desplazamiento partidario en el Sur fue particularmente notable. Produjo una mayoría republicana inicial de tres en la anterior delegación de 125 miembros de la Confederación en la Cámara, mayoría que ahora ha aumentado a 13 como resultado de la conversión poselectoral de cinco demócratas en funciones al GOP (Grand Old Party: el Partido Republicano).²¹ Además, pase lo que pasare en 1996 y,

súbitos, 1994 fue de una magnitud de primer orden. Véase Burnham, *ibid.*, p. 376, y respecto a la distribución global de las seis elecciones desde el punto de vista de su magnitud de desviación de las "expectativas", el cuadro del apéndice en la p. 391.

²¹ Esta es la primera mayoría republicana en la antigua delegación de la Confederación al Congreso desde 1872. También es necesario hacer notar las deserciones posteriores a 1994. Aunque cinco en la Cámara de Representantes no es un número enorme, es uno de los más grandes registrados desde la colisión general de partidos de 1854-1855; además, creo, Newt Gingrich se quejó, con razón, de la inadecuada atención de los medios al grado de deserciones de 1994 entre los titulares en funciones estatales y locales para integrarse al GOP, abrumadoramente concentradas en el sur, las cuales llegaron a más de 200. Considerando en particular la concentración de escaños evacuados por los demócratas blancos sureños antes de las elecciones de 1996, parece haber muy pocas razones para suponer que el equilibrio sureño actual de los partidos en la Cámara de Representantes —56 demócratas y 69 los republicanos— cambiará de manera significativa en favor de los demócratas, independientemente de lo que pueda suceder en otras regiones en el país.

después, en cualquier parte del país, existen todas las razones para suponer que el oleaje pro republicano del Sur no se ha agotado totalmente hasta ahora; y ello constituye otro factor muy importante en el consenso que está surgiendo respecto a que cualquier mayoría demócrata en cualquiera de las cámaras, si acaso se da, será muy débil.

Debe hacerse hincapié en el alcance nacional de la penetración republicana de 1994. Después de todo, el cambio más grande (seis miembros) producido entre las delegaciones estatales fue el que ocurrió en Washington, que es, salvo por los estados no continentales, uno de los más alejados de Dixie [los estados sureños miembros de la Confederación]. Ahora bien, la aceleración del cambio de rumbo a largo plazo del Sur hacia los republicanos crea un nuevo estado de cosas, tanto en el plano nacional como en el regional, con muchas probabilidades de volverse en realidad permanente.²² Además, como ha ocurrido desde hace ya mucho tiempo, los republicanos elegidos en el Sur se agruparon hacia la extrema derecha del espectro del partido. Por primera vez, los sureños forman ahora una proporción más grande de los republicanos que la base del Partido Demócrata en la Cámara de Representantes. Debe hacerse notar también que los sureños llegaron para desempeñar un papel particularmente importante en el liderazgo de la CIV Legis-

²² Algunos experimentos intelectuales pueden aclarar más este aspecto y ayudar parcialmente a explicar el consenso que parece haber surgido en el sentido de que incluso una victoria amplia de Clinton en las elecciones presidenciales irá acompañada *cuando mucho* por una mayoría demócrata minúscula en la Cámara de Representantes (por buenas razones, la captura demócrata del Senado se considera ahora muy improbable). Entre 1982 y 1992, la mayoría demócrata media en la Cámara de Representantes fue de 87 (ajustada a la redistribución de 1991), a la que los estados no sureños contribuyeron con 48 y el Sur con 38 (o 45% del total). Después de las elecciones de 1994, incluidas las cinco conversiones sureñas de 1995, la mayoría republicana de los estados no sureños fue de 22, y de los sureños de 13 (el Sur, por cierto, contribuyó con 37% del margen republicano total).

Supongamos que, en 1996, los republicanos recobran unos cuantos escaños sureños, con un nuevo equilibrio de 52 demócratas y 73 republicanos, un margen regional del GOP de 21. Si los demócratas recuperaran totalmente el equilibrio previo a 1994 en los estados no sureños, la Cámara de Representantes tendría 231 demócratas (incluido el independiente Sanders, de Vermont) y 204 republicanos, con un margen demócrata de 27, menos de un tercio de la media de 1982-1992. Si, por otra parte, recobran únicamente la mitad de sus pérdidas de 1994 (o 19 escaños) fuera del Sur —una posibilidad mucho más realista—, entonces la CV Cámara de Representantes tendría 215 demócratas y 220 republicanos. Por otra parte, dado el equilibrio partidario sugerido en el caso del Sur, la restauración de un margen demócrata nacional de 87 requeriría una ganancia demócrata de 65 escaños en los estados no sureños, lo que dejaría un equilibrio de 209 demócratas contra 101 republicanos. Aunque quizá nada es imposible en la política, tal margen demócrata sería notablemente mayor que los logrados en las grandes victorias modernas de 1974 y 1976. Consecuentemente, parece haber muchas probabilidades de que el resultado del trastocamiento de 1994 sea una Cámara de Representantes republicana durante mucho tiempo y que los resultados de las elecciones al Congreso sean más cerrados que nunca por lo menos desde 1958.

latura: Newt Gingrich (republicano por Georgia), como vocero de la Cámara de Representantes, Dick Armey (republicano por Texas), como líder de la mayoría en la misma Cámara, y Trent Lott (republicano por Massachusetts), como líder de la mayoría en el Senado, para no hablar de muchas presidencias clave de comités.

Además, la mayoría entrante en 1995 tuvo un programa muy bien integrado que, si todo fuese hecho ley, entrañaría no meramente una revolución de políticas sino una revolución constitucional —la cuarta en nuestra historia— que llevaría a la cuarta república estadounidense, basada en las ruinas, y sobre todo en la negación, de la tercera, creada en la década de 1930.²³ No dispongo de espacio suficiente para hacer una revisión completa de a dónde nos podría llevar eso, por lo que me reduciré a hacer una breve mención de la ley de reforma del sistema de bienestar social firmada por el presidente Clinton en agosto de 1996. Las provisiones de la ley establecen normas nacionales que exigen que los receptores de los beneficios sociales consigan un trabajo en un periodo de dos años, con un límite de cinco años. Así, la garantía nacional de un ingreso mínimo para los estadounidenses, establecida hace más de sesenta años, queda eliminada. Con sujeción a ciertas limitaciones, el dinero que se emplee para pagar los beneficios sociales será “devuelto” a los estados.²⁴ El hecho de que Clinton haya firmado

²³ La idea de “momentos constitucionales” o revoluciones que llevan a una sucesión de repúblicas estadounidenses fue propuesta por el especialista en el campo constitucional Bruce Ackerman en *We The People, Part I: Foundations*, Cambridge, Harvard University Press, 1991. Desde su punto de vista, basado en la teoría, el “alto grado de elaboración de leyes” que ocurre en tales momentos (1787-1789, década de 1860, década de 1930) es de un orden sustantivamente diferente que la actividad política de épocas normales. Quizá valga la pena hacer notar que su argumento teórico incluye la opinión de que, en esos momentos de capital importancia, la ciudadanía llega a inclinarse mucho más por la acción que lo usual, opinión que, como hemos sugerido, parece tener cierto apoyo empírico. Cada una de las repúblicas estadounidenses que Ackerman examina posee una estructura característica de ley constitucional. Si se hacen propuestas serias para modernizar radicalmente esa estructura, una condición primaria es “la deliberación extensa”, incluida la victoria de los proponentes del cambio en elecciones sucesivas, no sólo en una. El modelo de Ackerman deja mucho espacio para la posibilidad de que haya momentos constitucionales fallidos; que la situación actual represente uno de esos casos, está aún por verse. De todos modos, es muy evidente que, en la medida en que se logre, la propuesta “revolución republicana” de mediados del decenio de 1990 constituiría un cuarto “momento”, con un realineamiento consecuente de la doctrina constitucional.

²⁴ No debería ser necesario decir que la devolución a los estados es útil para importantes propósitos conservadores. Primero, puesto que tiende a “desnacionalizar” un área política, sirve también para impedir que la atención de los medios de comunicación se concentre en ella. En la mayoría de las jurisdicciones no existen equivalentes de las publicaciones *Congressional Quarterly*, *National Journal* o *Washington Monthly*, para no decir nada de las contrapartidas locales de los medios electrónicos con cobertura nacional. Segundo, las actividades de los gobiernos estatales incluyen de manera importante una pugna competitiva continua entre unos y otros para atraer a la industria y, así, provocar la creación de empleos. En lo que concierne,

esa reforma produjo fuertes tensiones en el Partido Demócrata, que sólo se contienen por lo pronto a causa del miedo justificado de que lo único que se interpone en el camino hacia una revolución política de lineamientos muy similares, pero de mayor envergadura es una victoria presidencial de Clinton.

Con todo, como todos saben, 1996 no parece ser un año muy bueno para los republicanos, por lo que es probable que la revolución total deba demorarse indefinidamente. Hay razones importantes para ello, y todas tienen algo que ver con el hecho de que ya no parecen existir las condiciones previas para el realineamiento clásico de partidarios. Para empezar, como antes lo hicimos notar, ya desapareció la presión de la cólera pública que dominó la política a principios de la década; el desempleo es bajo, la inflación casi inexistente, el crecimiento real del ingreso familiar se reanudó últimamente y en el horizonte inmediato no se avista ninguna crisis seria. Ése es el tipo de contexto a corto plazo en el que siempre ha sido muy difícil detener a los presidentes, del partido que sean, que buscan la reelección.²⁵ A lo anterior

en el plano de los estados, a la tributación y los gastos para apoyar lo que queda del Estado regulador del bienestar social, las perspectivas de una "carrera a fondo" parecen ser razonablemente nítidas. Finalmente, una importante razón por la que se creó una función federal de normalización ya desde la década de 1930 reside en el hecho de que muchos estados —especialmente los del Sur, pero no únicamente ellos— estaban tan organizados políticamente que no estaban dispuestos a proveer dentro de sus fronteras "pisos" o "redes de seguridad" para las poblaciones de trabajadores y de pobres. En la actualidad estamos inmersos en un gran experimento (al menos en el campo del bienestar social, hasta ahora) para determinar si la situación fundamental ha cambiado mucho en las dos últimas generaciones.

²⁵ Examinemos la dimensión económica de las elecciones presidenciales de la posguerra, para después arriesgar un pronóstico. Nos concentraremos en los siete titulares que buscaron la reelección entre 1956 (Eisenhower) y 1992 (Bush). Uno de los problemas que contribuyeron al gran fracaso de muchos de los modelos de "economía y política" en la predicción del ganador en 1992 fue su tendencia a considerar únicamente el crecimiento del año inmediatamente anterior a las elecciones. El ingreso per cápita disponible en dólares deflacionados es una medida de uso general de la tasa de crecimiento económico. En 1992, en efecto, la tasa fue de +1.7% en comparación con 1991 y el haber confiado exclusivamente en ella habría proyectado una victoria de Bush con aproximadamente 52% de los votos de los dos partidos.

Pero es por demás evidente que el crecimiento a todo lo largo del periodo presidencial también es importante para la exactitud de los pronósticos. Con el propósito de simplificar, en este caso creamos un promedio simple de las dos tasas en un periodo presidencial determinado. El problema de Bush fue que la tasa de crecimiento en un plazo más largo, +1.5%, fue la más baja registrada en todo el periodo de posguerra. Con el uso de la tasa de crecimiento combinada tenemos un modelo realmente muy simple, que genera una ecuación de regresión de $Y = 42.512 + 2.480X$. Cuando se aplica a Bush en 1992, produce una proyección de 46.5% de la votación de los dos partidos, que, da la casualidad, fue también el resultado preciso. En el caso del periodo 1956-1992, la regresión arrojó una r de +0.933 (o de 87% de la varianza explicada) y un error estándar de 2.1; y proyectó que los presidentes en funciones durante un periodo con una tasa de crecimiento compuesta de 3.0% o menos probablemente perderían (como le sucedió a Ford en 1976, a Carter en 1980 y a Bush en 1992). Los presidentes en funciones que compitieron con una tasa de crecimiento compuesto mucho más alta se las arreglaron no solamente para ganar

puede añadirse que la percepción del público en general sobre la relevancia y calidad de los candidatos de los principales partidos sigue siendo esencial para una política que (todavía) es dominada por los candidatos.

Pero hay otro aspecto de la opinión pública que, evidentemente, tampoco fue revocado en 1994. Se trata del hecho, enloquecedor para los activistas políticos e intelectuales muy metódicos, de que la opinión que tiene el público sobre el gobierno posee dos dimensiones muy diferentes. La posición modal del público, la del llamado "votante medio", también difiere marcadamente entre uno y otro;²⁶ si se le pregunta su opinión sobre el Gran Gobierno en general, el modo es conservador desde el punto de vista ideológico y, por ende, negativo: aún sigue viva la ideología país-partido. Si, por otra parte, se pregunta a los ciudadanos su opinión sobre los programas y derechos que provee concretamente ese mismo gobierno, y que sólo ese gobierno puede proveer, el modo es liberal desde el punto de vista funcional. Los "revolucionarios" republicanos de 1995 descuidaron esta segunda dimensión, o quizá pensaron que finalmente había desaparecido en favor de una mayoría conservadora consolidada. Los conservadores invierten mucho tiempo en los campos de la propagación ideológica y de la acción política tratando de encontrar la manera y los medios de al menos desconectar ese segundo modo y darle el menor espacio posible para que llegue a desplegarse activamente.

Los demócratas —el partido en el gobierno y del liberalismo operacional— han tenido excelentes resultados desde 1995, al utilizar

sino para obtener el triunfo con márgenes arrolladores (como Johnson en 1964, Nixon en 1972 y Reagan en 1984). En 1996 no se avecinan épocas de auge, pero una estimación razonable de la tasa compuesta es de +5.1% (+3.3% en el corto plazo y +6.8% en el largo plazo). Si de algo sirve, el modelo proyecta una victoria de Clinton de 55.2%, 2.1%, de la votación de los dos partidos; lo cual es muy cercano al promedio de los resultados de la mayoría de las encuestas de finales de septiembre. Con todo, el destino normal de los pronósticos en este campo (que algunos han llamado "ciencia política recreativa") parecen hechos solamente para ser rápidamente invalidados.

²⁶ Esta doble dimensionalidad fue claramente identificada primero por los investigadores de encuestas Lloyd A. Free y Hadley Cantril en *The Political Beliefs of Americans*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1967. Por supuesto, también debe hacerse notar que, históricamente, si bien la ideología país-partido tiene una fuerza perdurable en nuestra cultura política, incluso antes del New Deal ya había gobierno federal suficiente para hacer que gravitaran en torno a él los ciudadanos que buscaban desagravio o resarcimiento de sus pérdidas en la lucha en el sector privado. En mi opinión, la acumulación progresiva de la insatisfacción de esa demanda a lo largo del tiempo ha sido un propulsor importante de los trastocamientos de cambio a intervalos en nuestra historia política. Sea lo que fuere, creo que todo lo que sabemos a partir de la investigación mediante encuestas sobre la opinión pública estadounidense nos lleva a suponer que la doble dimensionalidad identificada por Free y Cantril surgió mucho antes de 1967.

las municiones que el vocero Gingrich y otros de la nueva mayoría en el Congreso les han tirado, como una amenaza a los programas valorados por el público, en particular los relacionados con la seguridad social y la ayuda médica. El esfuerzo de los republicanos por forzar al presidente a cumplir con su agenda presupuestaria, paralizando dos veces el gobierno en el invierno de 1995-1996 resultó ser aún más dañino. Cuando se suman los dos modos de opinión y su articulación en una atmósfera cada vez más polarizada, la conclusión obvia es que —como en el pasado reciente, pero con unos intereses mucho mayores en juego— prácticamente no existe ninguna mayoría pública que apoye ninguna iniciativa política a gran escala en ninguno de los dos lados. En la actualidad, esos modos encuentran ya una expresión institucional, así como partidaria. Sin importar lo que llegue a ser ni cuánto tiempo pueda sobrevivir, el “sistema de 1996” parece destinado a incluir elementos importantes de un estancamiento radicalmente enfatizado mientras el presidente Clinton permanezca en el puesto.

No se puede cerrar esta parte del análisis sin revisar nuevamente la singular importancia en el corto plazo del presidente mismo. Una vez recuperado de la conmoción de 1994, Bill Clinton ha seguido la enérgica estrategia de marginar no solamente a su adversario republicano sino al núcleo liberal de su propio partido. Busca la armonía política y social en una época de lo menos armoniosa y, así, busca una especie de punto central desde donde poder regir en un momento en el que el orden del día ha sido una polarización interpartidaria cada vez más marcada. Él mismo lo dijo: “la era del Gran Gobierno ha terminado”, frase que constituye la única línea memorable de su mensaje a la nación de enero de 1996; pero también debemos tomar en consideración su firma a la ley de reforma del bienestar social de 1996. Quizás haya contradicciones flagrantes en todo ello, pero, evidentemente, la estrategia ha rendido dividendos. En un ambiente reaccionario como el de la década de 1990, un demócrata tiene más probabilidades de triunfar si compite —y, si es elegido, promete actuar— como un republicano moderado. No es preciso hablar de lo difícil que es pensar en algún caso siquiera remotamente paralelo en las anteriores crisis de realineamiento.

III

Ahora bien, aunque todo lo anterior arruina el modelo tradicional de realineamiento partidario, no puede hacer el mismo daño a un marco de cambio a intervalos. Ya hemos sugerido cierto número de transformaciones recientes, tan bruscas como completas, del equilibrio del poder político y del funcionamiento de las instituciones; y podemos arriesgar la suposición de que es improbable que sean revertidas considerablemente en algún periodo próximo; pero hay transformaciones todavía más profundas en juego, si bien no se prestan tan bien a la especificación y al análisis cuantitativo. En este caso podemos comenzar por considerar nuevamente la posición del presidente. Es evidente que está contento de poder situarse a la mitad de un camino que ha tambaleado severamente a la derecha, tanto que el vocero Gingrich está dispuesto, no sin razón, a reclamar cierto tipo de victoria, aun cuando ésta no sea precisamente la que quería. Clinton también parece haber aceptado que el peso relativo de la presidencia en el gobierno nacional experimenta una erosión, junto con el lugar de ese gobierno en el estado de cosas en general; y parece probable que esa tendencia seguirá adelante, incluso a pesar de la inminencia de la cuestión del poder de veto. Ya sea con Clinton o con Dole, la presidencia posterior a la guerra fría se encuentra en camino hacia una combinación mucho más tradicional de las funciones de presidir y animar que lo que ha sido el caso en los últimos sesenta años o más. Si ya terminó la era del Gran Gobierno, también terminó, muy probablemente, la de la presidencia moderna.

Pero, sobre todo, debería considerarse que tanto el discurso y el debate de la corriente estadounidense dominante se han desplazado hacia la derecha. En la actualidad, los mensajes políticos conservadores dominan la media del discurso en los Estados Unidos. Con una pequeña ayuda de Clinton, la línea conservadora en lo concerniente al poder del gobierno federal y al equilibrio entre los gobiernos estatales y federal y entre el gobierno y el sector privado es *ahora* la corriente dominante; y, excluida una posible repetición de los espectaculares desplomes pasados del funcionamiento del sector privado, también parece muy poco probable que cambie en una gran medida en el futuro inmediatamente previsible. Aunque obviamente incompletos, los paralelismos con la década de 1920 parecen sorprendentes: entonces como ahora, hay un movimiento laboral vulnerable y débil; entonces como ahora, el orden económico mundial impone la "disciplina"; enton-

ces como ahora, la participación de los votantes muestra un sesgo de clase extremo; entonces como ahora, los candidatos de los grandes partidos reflejan diferentes tipos de conservadurismo; entonces como ahora, la principal preocupación de los Estados Unidos son los negocios.

En esta época, tan diferente a la de la década de 1920, no obstante, un presidente demócrata preside un gobierno dividido, lo cual demuestra así la sorprendente creatividad que a veces muestra la política estadounidense para llegar a resultados muy similares a los logrados en el pasado remoto con medios completamente diferentes. En lo concerniente al gobierno dividido, los politólogos lo consideran a menudo una cuestión no problemática,²⁷ lo cual, me parece, es un error: en el pasado reciente ha producido patologías; la cuadruplicación de la deuda nacional en una docena de años a partir de 1981 es sólo uno de los ejemplos. En lo que concierne a la “suave transformación” de las campañas presidenciales —piénsese, por ejemplo, en lo que llegaron a ser las convenciones para las nominaciones en 1996—, la cuestión más grave bien puede ser el socavamiento de la potencialidad de las elecciones y, por ende, del papel del público en la contribución a las decisiones importantes que se adoptan en su nombre. En 1997, y después, cuando se nos informe debidamente, en los términos más urgentes, sobre las verdaderas dimensiones de la amenazante crisis de los derechos, veremos la “política seria” en acción. Y, si acaso sirven de guía las acciones pasadas en ese campo, podemos sospechar que la aportación del público o aun de los partidarios tendrá muy poco que ver con los arreglos “finales” logrados.

Ésta, entonces, es mi historia, éste es mi mensaje. Hemos estado viviendo un importante episodio de cambio a intervalos. En un momento crucial, el año de 1994, incorporó la actividad política de la élite y de las masas, que es una fuerte reminiscencia de nuestro anterior pasado partidario; pero, en lo general, el cambio a intervalos opera en un mundo enormemente diferente al de nuestros abuelos: son manifiestas la destrucción abrupta de un equilibrio y una fase de convulsión trastocadora que llevan, supongo, a un nuevo equilibrio. Cualquiera

²⁷ David Mayhew defiende hábilmente el punto de vista de la inexistencia de problemas en *Divided We Govern: Party Control Lawmaking and Investigation, 1941-1990*, New Haven, Yale University Press, 1991; pero, aun suponiendo que las conclusiones de Mayhew sean correctas en lo que respecta al periodo que él analiza, no necesariamente se desprende de ellas que sean muy precisas en cuanto descripciones de un contexto político marcado por grandes aumentos de la polarización entre partidos. Puede haber tipos diferentes de gobierno dividido y, en mi opinión, la variante actual difiere considerablemente de las condiciones normales de equilibrio del sexto sistema político. En la nota 7 se abordan otros aspectos de la polarización.

que fuese el resultado de las inminentes elecciones, en muchos aspectos cruciales, la política estadounidense ya ha sido cambiada para siempre. El "sistema de 1996" está al alcance de la mano.

Las elecciones de 1996: posdata

Hacia mediados de 1997 ya habían aparecido publicadas varias colecciones de ensayos sobre las elecciones de 1996 y muy pronto se espera otra que las aborda desde la perspectiva de la investigación mediante encuestas,¹ por lo que intentar un análisis detallado aquí sería una especie de ejercicio de duplicación. Bill Clinton no logró obtener una mayoría absoluta de los 96 273 262 votos emitidos para presidente; no obstante, se deshizo fácilmente de su retador republicano, el ex senador Robert J. Dole, por 8.2 millones de votos populares, esto es, un margen de diferencia de 49.2 a 40.7%. En el proceso, Clinton ganó 31 estados y el Distrito de Columbia, mientras que Dole aseguró 19 estados, lo que produjo un margen de 379-159 de los colegios electorales para el demócrata. No fue ninguna victoria avasalladora, pero sí representó la primera reelección de un presidente demócrata para un nuevo periodo completo desde que Franklin Roosevelt ganó su cuarto periodo en 1944. Por su parte, Dole obtuvo una participación del voto que fue la más baja registrada desde la derrota de Alfred Landon a manos de Roosevelt en 1936 (con excepción, por supuesto, del pobre resultado de George Bush en 1992). Como ha sido el caso desde la segunda elección de Ronald Reagan en 1984, el Sur siguió siendo el bastión del voto electoral republicano, con lo que se invirtió completamente la norma histórica de 100 años de antigüedad del cuadro regional.

Si se considera el importante desplome de la trayectoria del Partido Demócrata en 1994 —verdaderas elecciones "de rompimiento"—, el que Clinton volviera a obtener una victoria fácil en 1996 fue de lo más sorprendente. A la vez, no obstante, los republicanos mantuvieron el control de la Cámara de Representantes, pues perdieron

¹ Véanse, por ejemplo, Gerald M. Pomper (ed.), *The Election of 1996: Reports and Interpretations*, Chatham, Chatham House, 1997; Larry J. Sabato (ed.), *Toward the Millennium: The Elections of 1996*, Boston, Allyn & Bacon, 1997; y Michael Nelson (ed.), *The Elections of 1996*, Washington, CQ Press, 1997. El análisis basado en la investigación mediante encuestas proporcionado en el caso de cada elección reciente por Paul Abramson y colaboradores aparecerá pronto bajo el sello de CQ Press.

únicamente tres escaños a manos de los demócratas desde los resultados de 1994, lo que produjo un equilibrio posterior a las elecciones de 207 demócratas, 227 republicanos y un izquierdista independiente de Vermont, esto es, una mayoría republicana funcional de 19. El voto nacional agregado para la Cámara de Representantes fue un empate virtual: 44.0 millones de votos para los candidatos demócratas y 44.3 millones para los republicanos. En las elecciones para el Senado, los republicanos ganaron dos escaños (y pueden asegurar otro en una elección de Louisiana que se hará meses después), lo que produjo un equilibrio de 55 a 45. Quisiera explorar algunas de las razones fundamentales de esos resultados, pero en este punto surge un aspecto importante de 1996: fueron unas *elecciones confirmatorias*, en particular tanto del brusco desplome de 1992 de la mayoría presidencial republicana anteriormente "normal", como del desplome de 1994 de la trayectoria del Partido Demócrata, tanto en los planos electorales estatales como para el Congreso. Esto significa una perpetuación del gobierno dividido como una condición normal en Washington, pero de un tipo radicalmente diferente del que normalmente predominó entre 1968 y 1992. El caballo y el jinete cambiaron lugares: el Congreso está ahora en manos republicanas, con perspectivas óptimas para seguir estándolo en 1998 y después, mientras que la presidencia está en manos de un demócrata. El punto fundamental de estos hechos es que la fuerte turbulencia de 1992-1994 destruyó un antiguo equilibrio gubernamental, político e institucional que había durado mucho y ha llevado a uno fundamentalmente diferente que está adquiriendo las propiedades de un equilibrio nuevo.

La victoria de Bill Clinton puede explicarse en términos muy simples. Es un contendiente de una habilidad política verdaderamente sobresaliente y, después de la debacle de 1994, rápidamente se realineó hacia la derecha (esto es, el llamado "centro") de un espectro político que se ha desplazado persistentemente en esa dirección desde que la síntesis económica nekeynesiana se derrumbó alrededor de 1980. Aunque eso puede significar que podría correr el riesgo de llegar a ser un presidente sin partido a medida que avanza su último periodo, en 1996 no se prestó a que los republicanos lo atacaran creíblemente como liberal; por el contrario, le fue fácil utilizar en su campaña las actividades y el liderazgo de la CIV Legislatura dominada por los republicanos para demostrar que la oposición era demasiado derechista y que era importante asegurarse de que no ganara también la presidencia.

Cuadro 1. Tasa media de crecimiento del ingreso per cápita disponible por categoría de titular

<i>Categoría</i>	<i>Año de elecciones</i>	<i>Periodo presidencial</i>	<i>Tasa compuesta</i>
Ganadores (4)	+4.3	+8.2	+6.2
Perdedores (3)	+1.3	+2.9	+2.1

Clinton también tuvo una maravillosa buena suerte en al menos tres dimensiones. Quizá la más importante fue el rápido despegue de la economía estadounidense, que para 1996 había avanzado lo suficiente como para que fuese percibido por muchos estadounidenses comunes. Dado el aumento evidente de la tasa de crecimiento per cápita del ingreso personal disponible tanto en el año de elecciones como a lo largo de su periodo, Clinton estaba muy bien ubicado para capitalizar el cambio extraordinariamente rápido de la actitud pública, de las convulsivas tormentas de 1992 y 1994 a una atmósfera de calma casi absoluta. La ventaja para los titulares de cargos públicos, en los “buenos” tiempos —y la desventaja en los “malos”—, puede apreciarse en el cuadro 1, derivado del periodo 1956-1992.

Como se observa en el cuadro 1, Clinton era presidente en un año de elecciones con una tasa de crecimiento de menos de 3% en 1996 y en un periodo de elecciones presidenciales con una tasa de 7.0%. Es fácil desarrollar una ecuación de regresión estándar para manejar datos de este tipo; así, la ecuación proyectó una victoria de Clinton de 55.9% del voto de los dos partidos (el resultado fue más bien alto, pues sólo ganó 54.7%, pero tuvo un mejor resultado que en la gran mayoría de las encuestas, en las que fueron comunes las proyecciones de márgenes de 18 a 22% para Clinton). Excluyendo algunas otras dimensiones de trauma nacional, como la guerra, la tarea que tienen en manos los candidatos de oposición que batallan contra los titulares en tiempos económicos halagüeños es prácticamente desesperanzadora; y Robert Dole no fue la excepción en 1996. Su cambio de un tema a otro a lo largo de la temporada de campaña reflejó de alguna manera la búsqueda para eludir esa barricada monumental; pero nunca la encontró. Hacia el final, la “cuestión del carácter” llegó a ser el tema principal. “¿Por qué la indignación?”, preguntaba Dole. La respuesta no estaba en ninguna parte, para bien o para mal.

El segundo golpe de buena suerte para Clinton residió en el hecho de que los republicanos no pudieron encontrar un candidato más fuerte. Robert Dole tiene muchas virtudes, particularmente como talento legislativo de primera clase, forjado en 36 años de servicio en ambas cámaras del Congreso; pero, tratándose de política electoral, ese hombre de 73 años de edad careció ciertamente de carisma y era todo menos la "cara nueva" que tácticamente pudo haber sido necesaria. Quizás sea improbable que cualquier otro retador republicano pudiera haber derrotado a Clinton, dada la coyuntura básica; pero uno se pregunta si —de haber decidido contender y de haber habido un electorado republicano dispuesto a votar por él— el general Colin Powell podría haber significado un desafío mucho más peligroso para Clinton.

A la resurrección de Bill Clinton ayudó también lo que hicieron los republicanos en el Congreso durante el periodo previo a la temporada de campaña. En el nuevo liderazgo del Congreso participaron prominentemente algunos autodenominados "revolucionarios", como Newt Gingrich, vocero electo de la Cámara de Representantes, y Dick Armey, el líder mayoritario entrante en la Cámara de Representantes. Gingrich en particular llegó a ser una especie de pararrayos y su caída a las profundidades de la impopularidad en las encuestas sólo rivalizó con la de Richard Nixon en sus últimas semanas en funciones en 1974. Los "revolucionarios" exhalaban fuego y deseos de matanza y prometieron una veloz reducción total de las funciones internas del gobierno federal. El programa máximo incluía una serie de enmiendas constitucionales, la más importante de las cuales fue la redacción de un mandato para mantener un presupuesto federal equilibrado, incluida una estipulación en el sentido de que el incremento de los impuestos federales requeriría en lo sucesivo una mayoría de 60% de los votos en el Congreso.

Además, había una poderosa ofensiva que tenía como propósito revisar detalladamente los programas de bienestar federales, tanto desplazando un gran porcentaje de su costo a los estados de la Unión como imponiendo nuevos requerimientos muy estrictos a los solicitantes. Asimismo, se realizó un esfuerzo por reducir los impuestos de tal manera que fuesen particularmente favorables para la quinta parte más opulenta de los beneficiarios del ingreso, lo cual llegó a ser lo más relevante de la jornada posterior a las elecciones de 1997.

El propósito esencial de ese programa en su conjunto consiste en completar lo que los politólogos Adam Przeworski y Michael Wallers-

tein denominaron el “proyecto de la derecha”.² El llevar a su término ese proyecto, como ellos lo indican, entrañaría el mayor acercamiento posible a un estado de cosas en el que se prescinde en una gran medida de la política de masas y las relaciones sociales se reducen a las de los hogares y las empresas. Baste decir que esa utopía se asemeja marcadamente al mundo político real de la década de 1920 en los Estados Unidos y que en 1997 estamos incluso mucho más cerca de él que hace varios años. El presupuesto republicano de 1995 se organizó desde el punto de vista de esa lista de prioridades; pero fue vetado por el presidente Clinton y la consecuencia fueron dos paros del gobierno federal durante el invierno de 1995-1996. En general, los paros resultaron ser impopulares; una gran parte de la culpa recayó sobre los republicanos y la popularidad del vocero Gingrich en particular cayó a profundidades abismales. Ese resultado colocó a Clinton en una situación estratégica admirable para su puja en la campaña para la reelección y él y su organización lo explotaron cabalmente.

Y se podría haber pensado que, si había sido tan fuerte como los periodistas y los expertos afirmaron, la reacción pública negativa habría influido en las campañas senatoriales y para el Congreso también, revirtiendo así el veredicto de 1994 y restaurando el control unificado del gobierno a los demócratas. Pero no ocurrió nada parecido en 1996. ¿Por qué?

Si bien 1996 fue una confirmación de 1992 en el plano presidencial, también fue una confirmación de 1994 en las elecciones legislativas. Podría ofrecerse un buen número de explicaciones, la más general (e insatisfactoria) de ellas es la afirmación de que “el pueblo estadounidense” prefiere un gobierno dividido. No hay duda de que importantes minorías de votantes en sus estados y distritos repartieron sus votos para favorecer a Clinton y a un legislador republicano (o, mucho más raramente, a Dole y a un demócrata). Para ser precisos, en 1996 hubo 89 distritos Clinton + republicanos para el Congreso, 19 Dole + demócratas, 189 distritos francamente demócratas y 138 distritos francamente republicanos. Vistos en una perspectiva más amplia, hubo menos distritos repartidos que lo que fue la norma en el apogeo de la “sexta era electoral”, de 1968 a 1988; pero la distribución partidaria es fundamentalmente diferente. Desde 1952, con la única excepción del singular triunfo arrollador de Johnson sobre Barry

² Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964, en general, los candidatos presidenciales demócratas fueron continua y frecuentemente a la zaga del apoyo al partido en el pleno del Congreso. Hacia 1996, no obstante, la asimétrica distribución en los distritos divididos, 89 a 19, reveló que Clinton era considerablemente más popular para presidente que su partido para el Congreso. Esto, por supuesto, también había sido así en 1994, pero el margen de Clinton entonces no fue ninguna victoria aplastante. Este desplome es un legado de 1994. Un perfil muy breve de los números brutos en el tiempo nos da una indicación de la magnitud de esa transformación particular (cuadro 2).

En resumen en los estados no sureños hubo mucho menos resultados divididos en 1996 que en el periodo 1972-1988 y una reducción muy amplia en el Sur. Aunque la inversión de las condiciones de equilibrio preexistentes se generalizó en todo el país, el Sur es, como veremos, una clave importante del acertijo. Si bien es cierto que en el periodo anterior aproximadamente una mitad de sus distritos favoreció a los candidatos republicanos a la presidencia y a los demócratas para los congresos locales, en 1996 sólo fueron poco más de una décima parte de ellos.

Un aspecto básico de las elecciones al Congreso bajo el antiguo orden (antes de 1994) era un fenómeno llamado de "oleaje".³ Como regla general, en las condiciones semidesalineadas de la sexta era electoral, los titulares de cargos públicos tendían a ser casi invulnerables a la derrota a manos de sus retadores. Cuando uno moría o se retiraba, se creaba un escaño vacante y el porcentaje de titulares de los partidos descendía al equilibrio normal partidario en el distrito ("caída por vacantes"). Por otra parte, era típico que el novato que ganaba uno de esos escaños se desempeñara considerablemente mejor en su segunda candidatura, compitiendo por la reelección ("oleaje de segundo periodo"). La combinación de ambos fenómenos constituye cierta medida de los efectos específicos de la titularidad.

Las modificaciones de ese modelo de equilibrio estándar fueron muy pocas en 1990, en 1992 fueron más y en 1994 constituyeron una enorme cantidad. Entonces, por primera vez desde la inclusión hace varias décadas de la ventaja de la titularidad como una variable importante en las elecciones al Congreso, los demócratas que buscaban la

³ Estas y las otras características principales de las elecciones al Congreso las analiza extensamente Gary C. Jacobson, *The Politics of Congressional Elections*, 3a. ed., Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1995; *cfr.* también la literatura citada.

Cuadro 2. Distritos divididos en el Congreso, 1972-1996

Periodo o año	% de división de todos los distritos		Número de escaños por distribución		No sur		Sur		Todo el país
	No sur	Sur	Todo el país	P: HR:	D R	D R	D R	D R	
1972-1988 (media)	33.0	47.0	36.6	7	99	4	49	11	148
1992	22.0	28.8	23.9	43	25	5	31	48	56
1996	26.1	21.6	24.9	76	5	13	14	89	19

reelección sufrieron realmente una caída, de más de 2% respecto a su desempeño inicial en las elecciones de 1992. Anteriormente, se estaba más o menos cerca de la simetría bilateral: el oleaje de los segundos periodos promediaba 5 puntos porcentuales sobre las elecciones previas y la caída por vacantes promediaba aproximadamente 7%. La "anomalía" de 1994 mencionada es uno más de los muchos indicadores del impacto específicamente partidario de esas elecciones transformadoras.

El año de 1996 pone de manifiesto lo que probablemente se considera más bien un patrón posterior al choque que difiere tanto del antiguo orden como de los resultados de 1994. Por supuesto, hubo una concentración anormal de los escaños de segundo periodo en el lado republicano: 64, en comparación con sólo 11 en el lado demócrata. Los casos de las vacantes se distribuyeron más equilibradamente, con 27 escaños vacantes del lado demócrata y 18 del republicano. Entre los 48 novatos republicanos postulados para la reelección por los estados no sureños, hubo también, no obstante, un "oleaje de segundo periodo" *negativo* (-0.9%, de 55.2% del voto de los dos partidos en 1994 a 54.3% en 1996). Una oscilación compensatoria positiva de 2.4% en el Sur permitió que el oleaje nacional de segundo periodo fuese positivo, aunque infinitesimal, entre los republicanos: +0.1%; además, los republicanos perdieron 11 de esos 64 escaños a manos de los demócratas, en contraste con tan sólo 6 pérdidas entre el mayor grupo de republicanos (143) que se presentaron como candidatos para un tercero o posterior periodo. Los demócratas, por otra parte, mostraron un oleaje "tradicional" sin sorpresas del +5.0% en todo el país; y, en ambos partidos, la caída por vacantes fue también muy cercana a la norma tradicional (escaños demócratas vacantes: -5.0%; republicanos: -7.6%; total: -6.1%).

A menudo, los cambios partidarios inusualmente marcados en las elecciones A dan por resultado una penetración del partido vencedor en el núcleo básico de apoyo del perdedor y una pérdida correspondiente de muchos de esos escaños en las elecciones B; a menudo, pero no siempre, pues no fue eso lo que le sucedió, por ejemplo, a la numerosa generación de novatos republicanos de 1938 o a los novatos demócratas de 1974. A este respecto, el periodo 1994-1996 es más bien un pálido reflejo del modelo más usual, con 11 pérdidas de 64 escaños, o 20.8%, para los republicanos. Entre la "generación 1994" de los republicanos, por lo demás, hubo una concentración igualmente singular de márgenes muy estrechos, pero victoriosos.

Lo anterior nos lleva a un aspecto muy importante de las elección-

nes de 1996 a la Cámara de Representantes: fueron “de suspenso”, con un total nacional agregado de 44.0 millones de votos demócratas y 44.3 millones de votos republicanos. Es fácil demostrar que, si 13 630 votantes de los 11 distritos republicanos ganados con un margen más estrecho hubiesen votado por el retador demócrata, el resultado nacional habría sido un lote final de 218 demócratas, 216 republicanos y 1 izquierdista independiente, esto es, apenas una mayoría mínima para el partido de Clinton, basada en una oscilación hipotética de apenas 0.54% en esos 11 distritos o de 0.02% en todo el país. Nunca ha habido unas elecciones al Congreso tan estrechamente disputadas en los Estados Unidos desde 1888.

Por otra parte, también se podría demostrar que un cambio de apenas 14 495 votos demócratas hacia los republicanos en ocho distritos habrían producido, en lugar del lote real de 207 demócratas, 227 republicanos y 1 independiente, un lote de 199 demócratas, 236 republicanos y 1 independiente, aumentando la mayoría republicana de 19 a 36, y un equilibrio nacional muy parecido a la norma durante el cuarto sistema de partidos (1896-1930). Una explicación importante de la victoria republicana de 1996 en las elecciones a la Cámara de Representantes ha sido que el Partido Republicano (GOP), con por lo menos el doble de los recursos financieros de los demócratas, concentró hábilmente esos recursos en distritos que habían percibido como muy disputados. No hay duda de que un tan hábil despliegue estratégico de mayores recursos financieros fue un elemento vital para inclinar la balanza marginal; pero, a fin de cuentas, ello sólo fue posible porque el equilibrio básico de las fuerzas políticas había sido cambiado fundamental y abruptamente en 1994.

Y esto nos lleva al meollo del asunto. Los republicanos retuvieron la Cámara de Representantes en 1996 porque su esfuerzo “nacionalizador” de 1994 tuvo un éxito particular en el Sur y en los estados de la montaña, donde el realineamiento tradicional a largo plazo hacia el GOP había estado en proceso durante décadas. Esas regiones sólo constituyen una representación minoritaria en el Congreso: 37% de la Cámara de Representantes y 38% del Senado. Históricamente, el “sólido Sur” había constituido el núcleo principal de la fortaleza demócrata en el Congreso: en los casos extremos de 1894, 1904 y 1920, los antiguos estados confederados produjeron 75.8, 69.6 y 73.3%, respectivamente, de los escaños demócratas totales en la Cámara de Representantes y, en el posterior sistema de partidos del *New Deal* (1938-1962), todavía proveyeron una media de 41.8% de los escaños.

Vale la pena recordar que, durante la sexta era electoral (1968-1992), los demócratas disfrutaron en promedio un margen de 90 escaños sobre los republicanos (81, p. ej., en 1992). El Gran Sur (incluidos Kentucky y Oklahoma) produjo un margen demócrata promedio de 48 escaños; los poco poblados estados de la Montaña, un margen republicano de 4; y el resto del país, un margen demócrata de 46; así, hasta 1992, la fortaleza demócrata en el Gran Sur contribuyó con la mitad de la mayoría nacional, normalmente grande. Las elecciones a la Cámara de Representantes de esa época siguen siendo de gran interés para los especialistas entre los politólogos, pero, de manera general, se considera que sus resultados eran una conclusión previsible.

En este caso, la cuestión respecto al corto plazo es que, puesto que el cambio de 1994 fue una transición espectacular, el realineamiento pro republicano continuó en esas regiones en 1995, 1996 y, desde luego, en 1997. Aunque ahora se acerca a su fin, podría haber hasta diez o doce escaños de esas regiones que todavía podrían caer en manos republicanas en 1998 o después. La transformación puede resumirse de manera concisa en el cuadro 3.

El resurgimiento demócrata de 1996 en la categoría "resto del país" fue considerable, pero únicamente constituyó la recuperación de la mitad del terreno necesario para volver al equilibrio normal previo a 1994. La transformación en los estados de la Montaña y el Sur con muchos paralelismos en las disputas por el Senado, como veremos más adelante fue no sólo enorme conforme a las normas comparativas, como lo demuestran los valores *d/s.d.* para 1994, sino que se ahondó considerablemente en 1996. Puede haber algunas perspectivas de que se compense el cambio en los estados de la Montaña en los años venideros, pero por el momento parece haber pocas probabilidades de que tal cosa suceda con los 137 escaños del Gran Sur. Obviamente, siempre existe la perspectiva de un resurgimiento importante en el norte y el oeste; pero vale la pena hacer notar que, aunque los demócratas logran allí victorias de proporciones históricas, el cambio del equilibrio regional de fuerzas —tomando como ejemplo la aplastante victoria de 1974— produciría un margen demócrata nacional de sólo 33 escaños, en comparación con el margen demócrata real de 147 de 1974. También vale la pena hacer notar que, aunque en 1984, 1988 y 1992 hubo 66, 59 y 31 distritos sureños, respectivamente, que arrojaron mayorías para los candidatos republicanos presidenciales y para los candidatos demócratas a la Cámara de Representantes, en 1996 únicamente se presentaron 14 de esos casos. Y ha sido una regla

Cuadro 3. Realineamiento en las elecciones a la Cámara de Representantes: algunas mediciones brutas de síntesis, 1968-1996

Año o período	Márgenes de escaños			Todo el país nacional*
	Sur + Montaña	Resto del país	Todo el país	
1968-1992 (redondeo)	+44	+46	+90	+1
1994	-21	-5	-26	-47
1996	-43	+22	-19	-19
1968-1992 desviación estándar	12.51	27.39	33.01	25.91
<i>1994 / 1996 desviaciones divididas por la desviación estándar:</i>				
1994	-5.21	-1.86	-3.49	-1.78
1996	-6.97	-0.84	-3.30	-0.77

**Nacional:* Precede a los márgenes nacionales basados en la suma de los resultados reales en el resto del país en cada año a los resultados de 1996 en los estados de la Montaña y el Sur. En las 13 elecciones de 1968 a 1992, habría producido mayorías republicanas hipotéticas en cuatro ocasiones y, en otras tres, mayorías demócratas de cinco (una vez) y de uno (dos veces).

que, a medida que los demócratas blancos del Sur que van de moderados a conservadores han sido reemplazados por republicanos, estos últimos han ingresado y permanecido en la extrema derecha del espectro político del GOP.

El perfil actual e histórico del equilibrio de partidos en el Senado es bastante similar. A todo lo largo del siglo xx, hasta 1961, los antiguos estados confederados habían producido confiablemente 22 escaños demócratas y ningún republicano. De ahí en adelante, empezó el realineamiento tradicional hacia los republicanos y, desde luego, después de las elecciones de 1982, produjo un momento en el que la delegación sureña quedó dividida equilibradamente, 11 a 11. Los estados de la Montaña constituyeron únicamente el 5.5% de la Cámara de Representantes en la década de 1990, pero en el Senado alcanzaron 16%, por lo que sus triunfos fueron más trascendentales (el Sur, incluidos Kentucky y Oklahoma, comprende, junto con los estados de la Montaña, 42 escaños del cuerpo de 100 senadores; los otros 58 son del resto del país). La elaboración en este caso de un cuadro parecido al anterior produce el patrón que se observa en el cuadro 4.

En general, puede considerarse que los valores d/s.d. en exceso de 3 muestran una especie de patrón de ruptura importante en una serie de tiempo. Las elecciones al Senado han sido históricamente más fluidas que sus contrapartidas a la Cámara de Representantes por varias razones bien conocidas. No sólo hay muchas menos de ellas (de 33 a 35 en general, dependiendo de la generación y de la situación de las vacantes a corto plazo) sino que son mucho más “desiguales” y se deciden en los niveles estatales agregados; y, en general, son más susceptibles a la marea nacional, en particular a las elecciones presidenciales, que a las elecciones a la Cámara de Representantes. Así, en las elecciones de 1980, los republicanos recuperaron 12 escaños y no perdieron ninguno a manos de los demócratas, con lo que produjeron un Senado con una mayoría republicana que se sostuvo durante los seis años siguientes. Consecuentemente, los importantes cambios cuantitativos de 1994 y 1996 produjeron entre los estados de la Montaña y el Gran Sur valores d/s.d. menores en el Senado que en la Cámara de Representantes; con todo, en 1996 cruzaron el umbral de 3. En contraste, los demócratas obtuvieron un mejoramiento real respecto a la anterior norma histórica de 1968-1992 en el resto del país, aunque muy por debajo de cualquier umbral de “importancia”. Como vemos, en las elecciones de 1996 se produjo una importante diferenciación en la ubicación geográfica de la mayoría de los escaños del

Cuadro 4. Realineamiento en las elecciones al Senado: algunas mediciones brutas de síntesis, 1968-1996

<i>Año o periodo</i>	<i>Márgenes de escaños</i>		
	<i>Sur + Montaña</i>	<i>Resto del país</i>	<i>Todo el país</i>
1968-1992 (redondeo), \bar{M}	+4	+5	+9
1994	-10	+6	-4
1996	-18	+8	-10
1968-1992 desviación estándar	5.84	6.30	10.11
1994/1996 desviaciones divididas por la desviación estándar:			
1994	-2.45	+0.20	-1.29
1996	-3.82	+0.51	-1.89

Senado, en marcado contraste con la no diferenciación entre esas regiones en la aplastante victoria republicana de 1980 en el Senado.

Podemos ser un poco más específicos. Después de las elecciones de 1994, que hicieron época, dos senadores demócratas abandonaron su partido en favor de los republicanos, al igual que cinco demócratas sureños en la Cámara de Representantes. En 1996, los demócratas defendieron 15 escaños y los republicanos 19; tres de los escaños demócratas —todos sin titulares entre los 8 de esa categoría— fueron capturados por los republicanos y dos de ellos correspondían a los 4 que anteriormente tenían los demócratas del Sur. Los republicanos, por otra parte, sólo perdieron 1 titular (en Dakota del Sur), por lo que ganaron 2 y una mayoría total de 55 escaños contra 45. Además, 1 de esos escaños demócratas sureños aparentemente retenidos por el partido produjo una pugna electoral de época entre la senadora provisional Mary Landrieu (demócrata por Louisiana) y su retador republicano, L. Jenkins, cuyo resultado es desconocido al momento de escribir esto. Si Landrieu es desplazada, el equilibrio de partidarios en el Gran Sur llegará a ser de 7 demócratas y 19 republicanos y el Senado, incluido todo el país, tendrá una mayoría de 12 escaños republicanos (56 por 44).

Ya podemos proceder a hacer un poco de adivinación a corto plazo en lo que concierne a las elecciones de 1998. En lo que respecta a la Cámara de Representantes, en 52 elecciones en años sin elecciones importantes desde 1790, únicamente ha habido dos ejemplos (1802 y 1934) en los que el partido del presidente en funciones logró ganancias netas en escaños en la Cámara de Representantes; en general, además, ha habido una tendencia aunque violada de diferentes maneras tanto en 1986 como en 1994 a que esas pérdidas sean más severas en el sexto que en el segundo año de una administración en funciones. Aparte de 1994, las pérdidas del segundo año durante el periodo 1954-1990 promediaron 14 escaños, comparados con los 37 en los cuatro casos del sexto año. Puesto que el más reciente de esos casos (1986) arroja una pérdida de sólo 5 escaños de un partido en funciones en el sexto año, hay razones para prestar atención a la diferencia (de 5 a 48, en este caso), así como a la tendencia central. Aun cuando se repitiera el resultado de 1986, después de las elecciones de 1998 todavía habría una mayoría republicana total de 33 escaños en la Cámara de Representantes.

Y el cuadro puede ser aún menos prometedor para los demócratas en el Senado. Excluyendo algunas vacantes, la "generación 1998" del Senado estará compuesta por 18 demócratas y 16 republicanos. Se han anunciado tres jubilaciones demócratas (dos en el Gran Sur) y los tres

escaños son altamente vulnerables a ser capturados por los republicanos. Otros tres (incluido el senador Hollings, demócrata por Carolina del Sur) parecen tener un apoyo muy débil. En el lado republicano, no obstante, sólo el senador A. d'Amato (republicano por Nueva York) parece claramente vulnerable en este momento; y hasta ahora no ha habido ningún anuncio de jubilaciones republicanas. De nueva cuenta, al examinar el pasado reciente desde el punto de vista de la titularidad presidencial en el segundo y sexto años como categorías, observamos una diferencia bastante considerable entre las dos. En los seis casos de segundo año entre 1954 y 1990, el cambio medio fue de cero (diferencia: $1 a +3$); y aun con la suma de 1994 (-7), la media total cambia únicamente a -1 . En cuanto a los cuatro casos de sexto año, la pérdida media fue de siete escaños para el partido del presidente titular en el periodo 1958-1986 y, en este último año, los republicanos perdieron 8 escaños y también la mayoría en el Senado (diferencia: $-4 a -12$).

El pasado es, como siempre, prólogo, y bien podemos descubrir que su poder predictivo para el futuro cercano es muy limitado; no obstante, las perspectivas globales de los escaños que serán defendidos en 1998 son tan claramente lúgubres para los demócratas como alegres para los republicanos. Aun sin considerar la disputa de 1996 por el escaño de Louisiana que todavía queda pendiente, parece probable una ganancia neta de tres escaños para el GOP en las elecciones de 1998 para el Senado, y quizá más. En el momento de escribir este artículo, tomando en consideración todos los factores visibles, bien se puede considerar que en el Senado habrá un equilibrio de 60 a 40, que los republicanos buscan ardientemente para sofocar los esfuerzos demócratas para bloquear sus iniciativas mediante el obstruccionismo. El GOP no ha obtenido ninguna mayoría de ese tipo en el Senado desde 1928, pero el aspecto global del equilibrio de los partidos en el Congreso parece estar cambiando para adoptar la configuración previa al New Deal, así como lo está haciendo cada vez más, la estructura de la política federal estadounidense.

En resumen, entonces, 1996 se considera más bien como un suceso confirmatorio posterior a los choques y trastocamientos asociados con la crisis política de 1992 y 1994. En las primeras secciones de este ensayo, se intentó proporcionar una interpretación general de los orígenes y consecuencias de la ruptura del orden anterior y de la creación, todavía en proceso, de uno nuevo, articulado de manera muy diferente. El hecho de que el desplazamiento de las bases hacia el conservadurismo en el equilibrio de los partidos no se tradujera en una

victoria presidencial republicana es, por supuesto, una primicia histórica en secuencias de este tipo. Ello, obviamente, tiene consecuencias muy negativas para los modelos que se emplean con el propósito de pronosticar el cambio sistémico en un marco tradicional de realineamiento partidario; pero, como hemos estado esforzándonos por subrayar en este ensayo, no hay bases para asumir que la transformación básica del papel, organización y vínculos públicos de los grandes partidos que produjo el “realineamiento desalineador” de finales de la década de 1960 haya sido transformada a su vez por los sucesos de la década de 1990.⁴ El análisis de lo que podría necesitarse para transformarla se encuentra fuera del campo de nuestro ensayo. Todo lo que puede decirse en esta etapa es que los resultados institucionales divididos de las elecciones de 1996 casi no afectan al modelo de cambio a intervalos basado en el equilibrio político a largo plazo y su interrupción ocasional de corto plazo.

Aunque, consecuentemente, esa secuencia no es una repetición de la década de 1920 (¡para no mencionar la de 1930!), sí parece reflejar la sorprendente capacidad del sistema político estadounidense para llegar a resultados políticos muy similares por medios institucionales (y electorales) completamente diferentes. En el nuevo orden que ahora emerge, la “presidencia moderna” tiende a desaparecer, junto con las amenazas mundiales de 1940-1990 que la mantuvieron durante tanto tiempo. Desde el punto de vista institucional, tenemos un Congreso renaciente, aun cuando las prioridades de su mayoría sólo pueden hacerse realidad parcialmente hasta que el próximo republicano se siente en la Casa Blanca. La índole del poder institucional —y el poder del gobierno nacional en su conjunto— se está volviendo cada vez más tradicional. El “corto siglo xx” ha terminado; y nunca, desde la caída del Imperio Romano —si acaso—, una sola nación ha logrado una hegemonía tan completa en todo el mundo como la alcanzada por los Estados Unidos a finales de la década de 1990.⁵

⁴ En 1995, dos senadores demócratas, Campbell (por Connecticut) y Shelby (por Alabama), dejaron las filas del Partido Demócrata para pasarse al Republicano y los emularon cinco miembros sureños de la Cámara de Representantes; en 1996, cuatro de esos escaños permanecían en la columna republicana. En la primavera de 1997, el escaño de Nuevo México, que dejó vacante el representante Bill Richardson (demócrata) por su nombramiento como embajador ante las Naciones Unidas, fue ganado también por un republicano, lo que dejó a los demócratas solamente tres escaños de los 24 de la región de la Montaña.

⁵ La característica de la década de 1960 como una genuina secuencia de sucesos de realineamiento ha sido definitivamente demostrada por John Aldrich y Richard G. Niemi. Como referencia, y para una discusión extensa y penetrante de los “partidos nuevos” y cómo trabajan, véase John Aldrich, *Why Parties?*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, Parte 3.